



JOSÉ Y ANGEL BEATO GUERRA

MADRILEÑERÍAS

(POESÍAS MADRILEÑAS)



MADRID
TIPOGRAFÍA DE LA REVISTA DE ARCHIVOS
Olózaga, 1.—Teléfono 3.185
1914

AL EXCMO. SEÑOR DON SANTIAGO MATAIX. UNA PRUEBA DE AMISTAD Y UN DEBER DE GRATITUD NOS OBLIGAN Á DEDICAR Á USTED NUESTRAS «MADRILEÑERÍAS».

LE QUIEREN Y ADMIRAN,

JOSÉ BEATO GUERRA

ÁNGEL BEATO GUERRA

El sabio polígrafo, nuestro ilustre amigo don Marcelino Menéndez y Pelayo, nos dispensó el honor de comprometerse á escribir el prólogo de este libro, y ya que la muerte lo arrebató de entre nosotros, que tanto le quisimos y admiramos, nos ha parecido un deber y un respeto al mismo tiempo, reservar las páginas que otro prólogo debiera ocupar, para estampar en ellas la opinión autorizadísima, aunque inmerecida, que el sabio é inmortal don Marcelino nos dió respecto á nuestro último libro *Sonrisas y Lágrimas:*

«*He leído vuestro libro* Sonrisas y Lágrimas *y me ha gustado muchísimo. Dice bien el prologuista: «Los versos tienen alma, tienen nervio.» La poesía titulada «La Virgen del Cerro» es sencillamente encantadora. Ade-*

lante, jóvenes, adelante. Demostráis condiciones para hacer cosas muy buenas.

»Quedo comprometido á haceros el prólogo de vuestro próximo libro.

»Os quiere y os admira,

MARCELINO MENENDEZ Y PELAYO

A CASITA, QUE LLUEVE...

Ya regresa la gente de aquellas playas,
playas que en otros días fueron tan frescas;
se terminan los baños y los calores,
se acaban los permisos y las pesetas;
todos los que salieron vuelven contentos
porque el Madrid alegre ya los espera,
que es el mayor consuelo para el que sale
el pensar en el día que á Madrid vuelva.
Nosotros hace poco que regresamos
de respirar los aires junto á la sierra,
aires embalsamados con mil perfumes
de pinares, tomillos, jaras y mentas;
los trenes llegan todos abarrotados;
hasta las mismas rubias vienen morenas,
color que es estos días color de moda
y que todos y todas tener quisieran,
pues es como una marca que va diciendo:
«Yo he estado en la Coruña», «Yo en las Arenas»,
«Yo en Biarritz y en Vigo», «Yo en Cercedilla»;

«Pues yo, como elegante, me fuí á *San Sebas.*»
Esto da mucho tono de aristocracia,
y sirve en las tertulias ahora de tema,
comentando los juegos de *golf* y *tennis*
aunque no hayan jugado más que á las prendas;
hablar de *five-cloaques, bridges,* saraos,
de regatas, concursos y de carreras,
cuando muchas las noches habrán pasado
jugándose á la *brisca*... quizá la cena;
pero, y eso ¿qué importa? ¿Quién eso sabe?,
De lo que todo el mundo, todo, se entera,
es de si está usted en casa todo el verano
ó si salió unos días para la sierra...
Por eso ahora, aunque muchas llegan *rabiando*
y huyan de los laceros por si *las pescan*,
dirán muy orgullosas, dándose pisto:
«¡Qué feliz el verano yéndose fuera!»
Madrid se va llenando, día tras día,
mientras las tristes playas quedan desiertas,
y al volver encontramos las mismas cosas,
algunas de las cuales causan vergüenza;
por ejemplo, los pobres que no han salido
ni saldrán en su vida, pues no hay quien pueda
con esa *bacilosis*, que hace más daño
que el cólera y el tifus y la viruela.

. . . .

Ya se siente el bullicio por todas partes,
los cafés y los *cines* todos se llenan,

y á las niñas que vienen con *entreveses*
á decirle dos cosas... no hay quien se atreva,
pues se traen menos carne que los potajes,
pero en cambio más humos... que chimeneas.
Los políticos llegan todos ufanos,
hablando de campañas que darán guerra,
de *mítines soberbios*, donde han charlado
hasta los mismos *mudos*, según nos cuentan;
de flores naturales vienen cubiertos,
melenudos y tristes, cien mil poetas
de esos que se sonríen ¡qué desgraciados!,
de Becker, Garcilaso, Zorrilla y Rueda...
En alegres montones los estudiantes
de sus pueblos natales también regresan,
pues Madrid los reclama... y ellos, cumplidos,
como Madrid los llama, á Madrid vuelan.
Los toreros... *maletas* y sus baúles
vienen con muchos tufos y largas trenzas,
y á los dos ó tres días cuatro cajones,
que traen, según nos dicen, llenos de orejas...
Madrid acoge á todos, porque es muy bueno,
nunca jamás se enfada cuando le dejan,
y es porque todos, todos los que ahora vuelven,
lo miman, lo agasajan... y lo jalean...
Mas ¡ay!, que venga Junio con sus calores,
veréis cómo esos mimos y esas ternezas
se convierten en odios y en improperios,
y las caricias todas son á la sierra

ó á las playas del Norte, siempre incitantes,
pues hay mil diversiones, jaleo y fiestas;
la cuestión es dejarlo, que si se enfada,
ya sabemos su genio... él se contenta...

. . . .

LA CASTAÑERA

«¡Cuántas, que queman... calientes!»,
vocea la castañera;
voz que parece decirnos
que el invierno ya está cerca;
vedla siempre en una esquina
y en un cajón de madera
luchando con la intemperie
qu'es su mejor clientela.
¡Asás, calientes!, nos dice,
mientras ella estará yerta,
y, sin embargo, está alegre
la clásica castañera;
es su figura simpática
y es simpática su celda,
pues aunque es muy reducida
nunca le falta *trastienda.*
¿Quién con más facilidad
y sin engaño en la venta,
nos da *siempre la castaña*

no siendo la castañera?
Por eso goza y se ríe,
por eso grita contenta:
«¡Cuántas, que queman, calientes!
¡Calentitas, ahora queman!»,
mientras delante una olla
que está de agujeros llena
va recibiendo puñados
de ese género que espera
dentro de un costal abierto
ver cumplida su sentencia.
«¡Pobrecitas de nosotras!
¿qué hicimos — dirán con pena —
para que así se nos trate?
¡Piedad, por Dios, castañera,
no meta tanto el puñal!;
si los carbones nos tuestan,
si hemos de morir asadas,
dejadnos morir contentas,
que locas saltemos todas
dentro de la castañera
sin sal, que aunque somos sosas,
bailamos con castañuelas.»
Eso dicen las castañas
y mientras la castañera
las va sacando á puñados
con las manos... y le pesan,
grita fuerte como nunca,

grita con todas sus fuerzas:
«¡Ahora sí qu'están calientes!
¡ahora si qu'es cuando queman!»
¡Cómo animan las esquinas,
cómo animan las plazuelas,
siempre cuajadas de chicos
que con las manos abiertas
reciben unas castañas
á cambio de un par de perras!
¡Cuánto luchan con los chicos,
y los chicos con las viejas!

. . . .

Nosotros, siendo muchachos,
fué gorda la jugarreta
que hicimos á una que aún vive,
aunque mal..., pues ya es muy vieja.
Al asa de su cajón
atamos fuerte una cuerda
y otro extremo de la misma
sujetamos á una rueda
de un carro, que siempre estaba
parado ante una taberna
sin que nadie lo cuidara,
sin nadie que lo atendiera,
pues el dueño no vivía
no siendo entre las botellas;
espantamos á la mula,
la mula dió media vuelta,

y ahora figúrense ustedes
las que daría la vieja,
el cajón y las castañas,
mientras... *le duró la cuerda.*
Hoy en pago le compramos
las castañas á esa abuela:
«Eche usté un real, abuelita,
y tome usté una peseta.»
La mira dos ó tres veces,
la guarda, y de una cazuela
saca un montón de cascajo
qu'es lo que importa la *vuelta;*
nos la da, mas recordando
la acción que hicimos con ella,
le decimos: «Para usted,
y que haya muy buena venta.»
«Muchas gracias, señoritos;
ya saben dónde me dejan.»
¡Dios nuestro, darnos las gracias!
¡Si la infeliz lo supiera!
Mas no, que siga en secreto,
y así que nos lo agradezca.
Por eso al llegar Noviembre,
y cuando el frío se acerca,
cuando vienen las castañas
y vienen las castañeras
á decirnos con sus voces
«¡Calentitas, ahora queman!»

nunca, nunca olvidaremos
lo que le hicimos á ésta.
Vamos á ver si en la esquina
se ha puesto la pobre vieja,
vamos á comprar castañas,
vamos á darle unas perras,
pues justo es que de este modo
paguemos tal jugarreta;
«no es un mérito el hacerlo,
es un deber de conciencia»...
Y además, si junto al puesto
hay algún chico que intenta
hacer una de las suyas
(mejor dicho, de las nuestras),
son flojos los zurriagazos
que le damos con la cuerda...;
que quieren reirse un rato,
que se rían, norabuena,
lo que sobran son cajones,
castañas y castañeras...;
pero que dejen tranquila
por ahora á la pobre vieja,
que siga en su cajoncito
gritando: «¡Cuántas, que queman!»
que un día también gritó
mientras rodaba por tierra.

¡QUIÉN LOS QUIERE... CEBAOS!

Van llegando á la corte los pobres pavos,
y es que ya se aproxima la Nochebuena;
ya recorren las calles en procesiones,
pensando en que su muerte pronto se acerca;
todos los años vienen *cebaos* del pueblo,
mas ¡qué pocos retornan hacia su aldea!
¡Son tan buenos sujetos, que todos hallan
los mejores destinos... en las cazuelas!
Por eso, al despedirse de sus hermanos
estirarán sus *mocos*, harán la rueda
y dirán cabizbajos y pensativos:
«Que viváis muy felices aquí en la dehesa,
y haced por comer poco, pues si algún día
llegáis á estar rollizos, buena os espera,
os tomarán á peso, y el más pesado
saldrá con sus *pesares* y sus tristezas
á pasear las carnes por los Madriles
unas semanas antes de Nochebuena.
Ya habréis visto, queridos, que los que salen

á estos humildes lares jamás regresan;
nuestros padres y abuelos de aquí marcharon,
y ¡ay!, no sabemos nadie dónde se encuentran,
pues, á pesar de ir todos con buenas *plumas*
no se ha dignado ni uno poner *dos letras*
contando su llegada, sus impresiones,
si le gustó la corte más que la aldea,
si vivieron contentos sin su familia,
ó si corrieron juntos alguna juerga...

. . . .

Adiós, pues, para siempre, hijos y hermanos;
adiós, ricas bellotas, querida dehesa,
que el que de aquí se marche que se despida,
pues raro es el que vuelve con la pelleja;
no esperéis, pues, la carta, porque, sin duda,
nos quitarán las plumas por esas tierras.»
¡Qué alegres son al hombre las Navidades!
¡Y qué tristes al pavo las Nochebuenas!
Por eso, cuando llegan tan faustos días,
y al pasar por las calles y las plazuelas
vemos esos corrillos de aves *cebadas*
con bellotas, castañas y aun con almendras,
debiéramos mirarlas y, compasivos,
pensar en la familia que allá se dejan,
sintiendo que tan pronto llegue su muerte,
sintiendo que á sus caras llegue la pena;
eso sería humano; mas no, señores,
la humanidad lo siente de otra manera:

siente que, cuando llegan las Navidades,
no pueda desprenderse de unas pesetas
para comprar un pavo y hacerle víctima,
que, bien *dorado á fuego*, sirva de cena:
eso es lo que sentimos al ver los pavos,
aunque estén atacados de la viruela,
que se los lleven otros, aunque se lleven
á sus casas con ellos tal epidemia.
Nosotros admitimos á esos enfermos,
que han de estar bien cuidados y en cuarentena,
si hay algún aprensivo que nos lo mande,
ya estamos vacunados... *no se nos pega*,
podéis tomar en serio lo que decimos,
ved, si queréis, directa nuestra indirecta.
Mas diréis al leernos con santa calma:
«No *pa... vos, pa* nosotros ojalá vengan,
que al que más y al que menos le agrada un dulce,
y más si son como éstos, que hacen la rueda...»
Que lleguen muchos pavos, que lleguen muchos,
que se queden sin ellos todas las dehesas,
para que todos, todos, comamos pavo,
al menos en los días que pronto llegan,
que las Pascuas sin pavo resultan sosas,
como los Carnavales sin las caretas;
que no le ocurra á nadie lo que á un amigo
que estudió con nosotros primeras letras,
que al preguntarle un año por Navidades
si ya tenía pavo, dijo con pena:

«Tan mal estoy de *todo,* que por ahora
ni el reló *empavonado* tengo siquiera...»

. . . .

¡Qué alegres son, al hombre, las Navidades!
¡Qué tristes son, al pavo, las Nochebuenas!

AÑO NUEVO... VIDA NUEVA

—Oye, Grabiel, ponte serio,
pues es cosa ya resuelta
lo que anoche m'he pensao
mientras hacía la cena,
y aunque me digas que no,
y aunque mis planes t'ofendan,
ni pa Dios me vuelvo atrás.
—Pues, vamos, mujer, revienta,
que ya me tiés impaciente
por saber lo que tú piensas;
¡porque miá que pensar tú,
siendo como una banqueta!
—No empieces con los epítetos
de los sábados, *curdela*,
pues si lo tomas á *chunga*,
si lo crees cosa de fiesta,
t'arrimo dos badilazos
encima de la quesera
que Dios te puso en los hombros
y otros llaman la cabeza,
porque si tú tienes genio,
ya sabes que mi despensa

no está tan desalquilá,
y no le falta existencia...
Con que siéntate á mi lado
y escucha...
—Vamos, comienza.
—Pues ná, que contando anoche
el montón de papeletas
que en el cajón de la cómoda
guardo para no *perderlas,*
m'han dado casi vahídos,
al ver lo que suman éstas;
casi he llorao, cuando he visto
que allí está tu ropa nueva.
—Pero Pruden... no divagues;
¿en el cajón? ¡Bueno fuera!
—Cállate y no m'interrumpas;
mira, Grabiel, no la metas,
que tó lo tomas á broma
y la cuestión ahora es seria;
por ti se va á perder todo,
y no quiero que se pierda.
—Más perdío que estoy yo,
y m'achanto.
—¡Sinvergüenza,
so morral, si no te callas,
t'haces tú, si quiés, la cena!
Pues, como t'iba diciendo,
hay que hacer lo que se pueda;

pues sin trapos nos quedamos,
pues nos quedamos sin prendas;
tú sin lo mejor que tienes,
yo de la misma manera,
y no es cosa d'ir por ahí
lo mismo que Adán y Eva;
y si queremos lucirnos
cuando s'acerquen las fiestas
verbingracia, San Isidro,
ó en el barrio la verbena,
no tendremos un mal pingo
que ponernos.
—Tú t'obcecas
por cosas que no merecen
ni casi ocuparse d'ellas.
—Hay que hacer un sacrificio,
hay que ahorrar unas pesetas.
¿Qué dices tú á todo esto?
¿Qu'es lo que opinas, qué piensas?
—Qu'está nublao, y m'alegro
de verte siempre tan güena...
Que las ahorres, si quieres,
mas sin tocar la despensa,
porque eso de la jamancia
también es cosa muy seria.
—Eres un vivo, Grabiel,
y yo no soy una muerta;
tú lo que tienes que hacer

es suprimir esas juergas
que los sábados te corres,
colándote en las tabernas
en unión de cuatro golfos
que t'hacen gastar las perras
y t'hacen venir á casa
tambaleando las piernas
é insultando á todo el mundo,
como si el mundo tuviera
culpa de que tú t'anubles
y te olvides de las señas
de tu albergue, *vagabundo.*
—Porque *canto mis miserias.*
—Eso es lo que tiés que ahorrar,
y dármelo á mí, *boceras;*
eso he pensado que hagas:
año nuevo... vida nueva;
hay que buscar por las Rondas
una buhardilla trastera
y suprimir del cocido
la carne, y hasta la berza,
pues la vida está muy cara
y *esos lujos* nos revientan;
si quiés seguir con el vicio
de fumar, que ya m'apesta,
te vas una tarde al Rastro,
y te compras una sera,
de picadillo... *suave,*

que me parece que cuesta
cinco riales, y así tienes
pa el año que ahora comienza,
y si te guardas las colas,
quizás dure más.
—¡Prudencia!
—Hay que ahorrar de los diez reales
por lo menos dos pesetas,
y con los otros que sobran...
—Nos compramos una cuerda
y nos la echamos al cuello;
no hay más camino, Prudencia:
ó comprar una medida
de cañamones bien llena,
y picar como gorriones
hasta hartarnos. Miá que piensas...
Y pa eso m'haces estar
aquí sentado á tu vera,
esperando á que concluyas
sin meter mano á la cena;
hay cosas que hacen reir,
y ésta, pa mí, es una d'ellas.
¿Que yo deje de fumar?
—pues fumar lo que deseas
es sacarme un kilométrico
p'ahuecar á l'Almudena—;
cuidiao que me tiés cariño;
jamás lo pensé, Prudencia;

y aluego que yo abandone
las tascas... pues bueno fuera;
eso es querer suprimirme
l'amistad y la existencia.
—De modo que de lo dicho
no hay ná, que, según tú, piensas
hacer la vida de siempre,
sin ahorrar una peseta...
Pues mira, desde mañana
t'encargas tú de la cena,
te pones solo el puchero,
me barres bien la escalera,
y le das al chico... *eso*
que pide cuando berrea;
á ver así qué tal sale;
veremos cómo t'arreglas,
pues al que no quiere caldo
le suelen dar taza y media;
de mí no se burla nadie
y á mí tú no me revientas;
ya te darás por vencido,
te lo asegura Prudencia,
y no te pego dos tortas
porque sé qu'eres muy bestia,
y quiero evitar cuestiones
y debo evitar pendencias,
porque ya lo he dicho antes:
«Año nuevo... vida nueva.»

CARNESTOLENDAS

—Al fin, Braulio, ¿te decides?
Yo, que quiera ó que no quiera,
ya se lo he dicho á la Ufrasia
qu'en cuanto lleguen las fiestas
cambio la blusa y la brocha
por un disfraz, que me llevan
seis reales por los tres días.
—*Camará,* será de seda.
—Será de mondas de nabo.
—Bueno, bien, no te resientas.
—El *ojeto* es que me visto
de demonio, y al que vea
lo *tiento,* y si me conoce
me lo llevo á la taberna,
valga la frase, al infierno,
y, ó me paga cuanto quiera,
ó le pongo con el rabo
el cuerpo como una breva;
las *gromas* han de ser *gromas*

con sustancia en estas fiestas,
porqu'eso de dar mil gritos
de «¿Me conoces?»... ¡Su abuela!
pa que después *te se* escape
porque tú lleves careta,
no me parece prudente;
á mí s'alguien me s'acerca
que me conozca en seguida,
pues si pierdo las primeras
presonas que me conozcan,
adiós mi plan y mi juerga,
y adiós las rondas de chatos
que á la *saluz* de *toas* ellas
me pienso beber. ¡Ay, Braulio!
la vida es así, paciencia.
¿Te crees tú que á media tarde,
aunque ande yo sin careta,
me va á conocer *denguno?*
Ni mi simpática suegra
me conoce, te lo *azvierto,*
y eso que tié unas defensas
pa diquelar, que me río
yo de las pupilas ésas.
Miá, Casto, que si el domingo
de verdá demonio fuera,
vaya si me la llevaba
al infierno de cabeza;
no la *puo* ver ni en pintura.

—Será que la pintan fea.
—Serán narices... muy largas.
Si me tropiezo con ella,
chica va á ser la *gromita*
que la dé (con la careta),
mejor dicho con la estaca
que lleve en la mano diestra.
He d'hacer por encontrarla,
y cuando la tenga cerca,
voy á dar por bien gastados
los seis reales que me llevan
por ser *demonio* tres días,
pues sin que le cueste á ella
ni un botón, yo la disfrazo
de *¡cardenal! pa* que sepa
qu'en estos días de *gromas*
no deben salir las viejas,
pues andan los diablos sueltos,
y los diablos no respetan...
ni á los chicos, ni á los grandes,
ni mucho menos á éstas
que, cabalgando en escobas,
salen por la chimenea.

. . . .

Anímate, cacho é primo;
una fiesta es una fiesta;
si *quiés* te presto una colcha,
te l'atas á la cabeza,

te compras un *antiface*
por una media peseta,
y á correr por esas calles
disfrutando de la *juerga*,
mientras el vino nos deje,
porque hay veces que s'empeña
en marear, y *cuidiao*
que su oleaje marea...

. . . .

—Mide unas copas, Ulpiano
y apúntalo á nuestra cuenta;
Vamos, chico, pon dos quinces,
y préstanos dos pesetas.
Y así, *variando* de *groma*,
recorremos las tabernas
que nos fían la *bebía*.
¿Qué te parece la juerga?
—Qu'es pa no titubear.
—Entonces, ¿qué? No prometas
y aluego me dejes solo,
con *el rabo entre las piernas*,
como perro perseguido
por un lacero... No mientas.
—Palabra, que t'acompaño;
saca la colcha y la cuerda,
y cítame donde gustes.
—Pues la cita, en la taberna.
—Allá iré...

—Pero no faltes.
—Por mi *saluz*.
—Pues *agüeca*.
¡Cuándo llegará el domingo!
¡Como s'entere mi suegra!

. . . .

VIAJE DE RECREO

Pá otro año sales tú si te parece,
yo no vuelvo jamás, hoy te lo digo,
que le tomen el pelo á otro cualquiera;
yo no vuelvo á Madrid por San Isidro.
Después de estar ahorrando cuatro cuartos,
después de hacer en casa un sacrificio,
privándonos de cosas necesarias
para dar un abrazo á nuestro chico,
sabiendo que está *güeno* y colorado,
pasar tal desazón y tal martirio,
es cosa que me *indizna* y me subleva.
¡Qué ocurrencia tuvistes al decirlo!
Aunque viva cien años, te lo juro,
no caigo yo en Madrid por San Isidro.
Ya en el pueblo empezó la tía Gaspara
—que mal tiro la mate (y se lo digo)—
á llenarme de encargos las alforjas
cual si fueran serón de algún pollino,
y *miá que* se lo dije, bien te acuerdas,
y nada, que si quieres, vengan líos;
no ha *estao* mala estos días; ¡qué tía perra!

—que no me vuelvo atrás de lo del tiro—;
pues ¿y la del *Mellao*?, que á más de darme
una cesta cargada de membrillos,
me dice así, tan fresca: «No te olvides
de traerme dos pares de botijos,
que hacen muy buena el agua.» Miá si hicieran
veneno, ú cosa así, ¡qué beneficio!...
Porque ya en la estación ná más me vieron,
empezaron de un modo decidido
dos ó tres de un vagón á hacerse señas,
y *ná*, que la tomaron *tóos* conmigo.
—¡A las tres creo sale un mercancías!
—¡Al furgón con los bultos el Isidro!
—¡Que lo pesen con todo, si es que pueden!
—¡Aquí va una perrera de vacío!
Y mientras yo mordiéndome los labios,
y aguantando las voces y los gritos,
reventao, sudoroso y sin alientos,
veo una puerta abierta, y me decido
á entrar, vuelve el choteo; ¡cielo santo!
no podía pasar con tantos líos,
y en fuerza de tirones me metieron
sin saber cómo y dónde... ¡Qué martirio!
Después de pagar agua y no beberla
y obsequiar á unos cuantos con mi vino,
que debió de gustarles, pues bebían
con una libertad que nunca he visto;
de llevar doce horas estrujado,

molesto y con los huesos remolidos,
llegamos á la Corte, y ¡oh desgracia!
no me esperaba en la estación el chico.
Le di dos ó tres voces... que si quieres
allí no había nadie conocido,
ná más la mar de mozos que á porfía
me quisieron coger todos los líos...
Al fin me veo solo, y ya contento,
con algo más de calma, y muy tranquilo,
salgo á ver si me oriento... y no *pué* ser,
me atortolo, y entonces los del pincho
me dicen «que si llevo algo de pago».
Y yo que iba *escamao* á San Isidro,
se me ocurre decirles: «Unas magras»;
pues *pa* qué quise más, flojo fué el cisco
que se armó; me cogieron las alforjas,
y uno de ellos, quizás el más cochino,
metió las manos, y ¿dónde fué á meterlas?
en la cesta de dulce de membrillo.
Yo le llamé indecente y otras cosas
que debieron sentarle como un tiro,
pues me dió cuatro palos en la nuca
que casi me dejaron sin sentido.
Di mil voces, grité, llamé á los guardias;
pero nadie acudió á prestarme auxilio.
Razón, razón tenía el tío *Sonajas*.
«Ten *cuidiao*, que en Madrid, hilan muy fino.»

. . . .

Pues no quedó en aquello *toa* la broma;
después me rebuscó bien los bolsillos
y me pidió tan fresco dos pesetas,
que le tuve que dar, pues si rechisto,
además de dejarme sin encargos
me deja sin narices aquel tío.
Subo, corro, doy vueltas, me mareo,
al fin doy con la casa de mi hijo
(que está yo no sé dónde, ni m'acuerdo);
lo abrazo, le pregunto, y compungido,
me dice que el «abuelo no le deja
salir en estos días», pues el chico
que estaba allí con él de compañero,
se ha *marchao*, es decir, lo han despedido.
. . . .
Me lanzo por las calles, preguntando,
á dejar los encargos respetivos;
me pierdo, y, yo no sé si lo notaron,
lo cierto es que al momento fué un amigo,
que hablándome del pueblo y de mil cosas
que eran todas verdad, con gran cariño
me propuso ir en busca de una herencia,
que le hiciera el favor de ser testigo,
y á la vez le entregara unas pesetas
para sellos, papel y unos escritos...,
que en cambio me daría dos mil reales
una huerta, dos cerdos y un pollino;
yo al ver que era un negocio, no me opuse,

pues sabes que me tengo por mu listo,
y le di cuatro duros y unas perras,
que era lo que llevaba en los bolsillos.
«De aquí sobra la mar para esas cosas.
Espéreme usté un poco — va y me dijo —
que yo voy al estanco á comprar todo,
y en menos de un minuto estamos listos.»
Lo esperé, haciendo planes con mi herencia,
paseando nervioso é intranquilo;
pero el tiempo pasaba y el minuto
se iba haciendo muy largo, y el amigo
no tenía intenciones de avisarme,
como era lo tratado y convenido;
me cansé de esperar, de ver tranvías,
y por no separarme de aquel sitio
me puse hecho una sopa, pues llovía
si Dios tenía qué, mientras *el vivo*
se debió de quedar en el estanco
con la herencia, los sellos y lo mío.

. . . .

¡Ojalá que lo gaste en medecinas
y le amarguen de veras... por el timo!

. . . .

Por la tarde, atontado de dar vueltas,
me fuí á ver al Patrón, á San Isidro,
y no bien hube entrado en la pradera
y al estarle comprando los botijos
á la tía *Mellá*, no *quió* pensarlo,

empezó á caer agua de lo lindo,
y á tronar con tal fuerza, que nervioso
salí á todo correr de aquellos sitios
siendo blanco de todas las miradas,
pues, fijándose en mí, y á voz en grito,
decían los salvajes de los puestos:
«¡A ése, que ha robado los botijos!
¡Guardias, guardias á él, que es disfrazado!
¡A la *preven* con él, que no es Isidro!»
Al fin pude escapar de aquellas furias
(sin duda me libró el Santo bendito)
y dar con mi pellejo lleno de agua,
en yo no sé explicar qué era aquel sitio,
pues entré, y al entrar estaba á oscuras
así es que no vi ná, más que á unos chicos
que en un lienzo alumbrado daban saltos,
sin decir el por qué de tantos brincos.

. . . .

Salí luego á la calle mareado,
sin saber dónde ir, sin rumbo fijo,
y así estuve danzando un par de horas
sin hallar ni siquiera un conocido;
tan sólo por la noche «unas señoras»,
de porte al parecer bastante fino,
me dijeron «adiós» y otras más cosas,
con bastante *interés* y «mucho mimo»,
y por más que he hecho yo por recordarlas
no caigo dónde diablos las he visto.

Pasé un rato en la tienda descansando,
cené con el «abuelo» y con el chico...
y salí, como sabes, á las siete,
dejando «para un rato» á San Isidro;
pues ya ves qué he sacado del viaje:
disgustos, malos ratos, sacrificios,
un pasmo que me va hacer guardar cama
lo menos cuatro meses seguiditos,
y una herencia, con la que no contabas,
por sólo «cinco duros de anticipo»...
Así es que ya lo sabes, si es que quieres,
te largas tú otra vez á ver al chico,
que su padre no vuelve aunque lo pelen,
ni aunque sepa que lo han de hacer obispo,
pues *pa* ser el primero este viaje,
bien lo puedo *icir* que *mi lucío*.

. . . .

VACUNACION OBLIGATORIA

GRATIS Y... PRENDIENDO

—No arrempujes Colás.
—¿Quién arrempuja?
si es éste el que nos echa de l'acera,
que debe tener prisa, y *quié* colarse.
—Pues dale dos *patás*... que aquí no cuela.
Camará ¡qué egoístas son algunos!
rediez ¡qué repoquísima vergüenza!
que madruguen *si quién* tener buen puesto,
ó si no que le lleven la ternera
al lado de la cama, y los vacune,
con más comodidá su *mamá suegra*.
¿Sabes por un casual si están y'arriba
Usebio el Destrozao y la Modesta?
Pá mí *qu'entodavía* no han *venío*;
le *tién* poco respeto á la viruela,
y hacen bien, porque *miá que* son dos caras,
que ni hechas *pá* un concurso de belleza...
La d'Usebio, para hombre, *pué* pasar,
pero anda que lo qu'es la de Modesta

tié más hoja que un sable, y un par d'ojos
que son dos jeroglíficos de pega,
pues no *tién* solución por más que mires;
yo en jamás he *guipao* mujer más fea.
Pues ayer me dijeron que venían,
y si vienen *¡miálas!* las dos pesetas
que me llevó el Usebio la otra tarde
me las va á *gomitar* en tu presencia.
A mí no me la da ni con *fromaje;*
si quiere ¡que se ría de su abuela!,
mas lo qu'es del *Jilguero desplumao,*
ni otro con ser más guapo se *chancea.*
Con esta de tres muelles lo vacuno
y me quedo más fresco que mi suegra;
ya sabes tú, Colás, que mis *gromitas*
acaban casi siempre siendo veras,
haz memoria d'aquellas *gofetadas,*
que le di *sin querer* al *Media oreja,*
y acuérdate que estuvo dos semanas,
con el rostro lo mismo que una breva,
y en casa del barbero le sacaron,
doce reales en cuartos..., y tres muelas...
—Bueno, bueno, León, no t'acalores,
qu'estamos en periodo d'epidemia
y dicen qu'el coraje es muy *malizno;*
no *t'endilgue* cien hoyos... la viruela.
Ten calma y no t'acuerdes del Usebio;
el desprecio es mejor...

—Y las pesetas,
¿las voy á despreciar? M'alegro verte;
no m'hables d'ese modo si m'aprecias,
ni me toques, Colás, á la Marina,
pues ya sabes que trae muy mala cuenta;
si yo digo á pegar... tú pon la cara,
y si digo á comer... tú pon las perras;
por algo te distingo d'entre todos,
por algo te vacunas... donde *menda*.
Y vamos á otro asunto d'importancia
relativo al negocio de la empresa:
Supongo que será el brazo derecho,
el que tú, como yo, mejor manejas,
y con él sin sentir *birlas* las cosas
con arte, con finura y con destreza.
—Es *clari* que así es. ¿Por qué lo dices?
—*Cuidiao* qu'eres morral y eres boceras.
¿Por qué lo he de decir? Porque no quiero
que te hagan en él pupa, por sorpresa,
así es que te descubres el izquierdo
y allí que te destrocen la pelleja,
porque ése, aunque esté herido, no hace falta;
nos sobra con tener sana la diestra.
No lo olvides, Colás, que ya nos toca;
ten memoria de todo, que nos llega
el momento feliz de *probar gratis*
lo que dicen que dan de la ternera.

. . . .

—Buenos días, señores..., ¡qué bochorno...!
Agarra ese reló que hay en la mesa,
qu'es Longines, y en marcha. ¡Buen hallazgo!
Y que *tié* mal empeño... *¡cien pesetas!*
andanda, que te pinchen no te importe;
gratuíto y con reló, ¡valiente juerga!,
y *aluego* que s'alarme el vecindario
diciendo que hay muchísima viruela.

. . . .

—Ustedes ya están listos... Vengan otros;
ahora lo principal es que... les prendan.
—Este *gachó, rediez,* nos ha *guilao*...
¡maldita sea su estampa! *Miá* qu'ideas,
yo ya no estoy tranquilo en esta sala;
alárgame la gorra más que apriesa,
y vámonos cuanto antes, por si acaso,
pues *pa mí* qu'el señor de la lanceta
nos está preparando una encerrona,
y qu'encierre, si gusta, á la ternera.
—La *verdaz* que nos mira muy atento;
¿será que por nosotros s'interesa?
—Será que t'hincho un ojo si no arrancas,
no le digas adiós; ahueca, ahueca,
que aquí estamos demás, y yo m'excito.
—¿No esperamos á Usebio en la escalera?
—¡Que lo espere su madre, si es que quiere!
El *Jilguero* se marcha más que apriesa

y marchando con él se va el Longines,
y tú sales por pies, sin perder tregua;
no te pares con nadie aunque te llamen.
Anda listo, Colás, ¡arrea...! ¡arrea...!
que si no m'equivoco, ya nos siguen.
¡Maldita nuestra suerte, ya vocean!
—¡A ésos! ¡Detenedlos que han robado!
¡Guardias!, ¡guardias! ¡Ahí van, que se lo llevan!
—Sepárate de mí, salte de *naja*,
no mires hacia atrás, que ya nos pescan;
condenado de *poli*, cómo corre...
¿*pá* cuando son los callos? ¡Que s'acercan!
Estamos ya cogidos... ¡Mala sombra!
—¡Es inútil que corras, buena pieza!
¡Qué ganas te tenía...! ¡Toma, toma,
por ladrón, por morral y por boceras!
Y á ti te digo igual, que te conozco,
por pillo, por gandul, por sinvergüenza!
. . . .
Desahogándose el guardia, y satisfecho,
por el fin tan feliz de su carrera,
y después de soltarle unos mamporros,
d'esos que dan los guardias cuando pegan,
y atarlos uno al otro por las manos
«pa evitarse seguir otra carrera»,
en medio del *choteo* de las gentes,
se los llevó á los dos á la *Delega*.

. . . .

Y á estas horas, habrá dicho el *Jilguero,*
hablando con Colás, de reja á reja...
—¡Qué bien *nos han prendido...* las vacunas!
¡Qué contento estará el de la lanceta!,
y nosotros también, pues me figuro
que aunque libres no estemos de la celda,
lo qu'es *revacunados* d'este modo,
bien *libres* estaremos de viruelas.

. . . .

¡Qué lástima qu'Usebio no esté aquí
pa romperle la cara... por la deuda!..

ADIÓS... FORNOS

Cuando en las noches de invierno,
embozados en la capa
salgamos de los teatros
de ver la que va en la *cuarta*,
y queramos calentarnos
antes de marchar á casa,
¿dónde iremos, si el gran Fornos
tiene sus puertas cerradas?
¿Adónde irán los que siempre
ese café frecuentaban
formando *peñas* alegres
sobre sus divanes granas?
El bohemio sempiterno,
el literato de fama,
el poeta melenudo,
el músico que nos canta
el paso-doble compuesto
para su obra *comenzada*,
el artista, el dibujante,

el *repórter* que nos habla
y nos cuenta en un minuto
los pormenores del drama
conyugal, que ha presenciado,
metiéndose más que... el arma;
el burgués, que con sus chistes
y cuentos de mala pata,
nos hace reir á todos,
y aún más á aquel que le paga
el café ó el chocolate
con picatoste ó tostada;
el político, que arregla
en un *santiamén* á España;
el filósofo neurótico
sensiblero y sin sustancia,
que no come porque dice
que el *yo gordo* no le cuadra,
y se atiborra de té
sin azúcar y sin pastas;
el adán que no se muda
en cuatro ó cinco semanas,
pues se lleva en ambos puños
de su camisa *planchada*
pensamientos de prohombres,
anécdotas y epigramas,
los cafés que debe á Paco,
y otros datos de importancia;
el anónimo, que corre

todas las mesas, por si halla
algún pariente cercano,
ó *primo*, como él le llama,
que le invite á chocolate
por acompañarlo á casa;
el aburrido, que sabe
que por *cincuenta del ala*
puede tomarse un café,
dormirse dos horas largas,
leerse todo el *Heraldo*,
La Corres con ocho páginas,
y hacerse una media libra
de *pitos*, con mucha calma,
sin que lo ahuequen de allí,
hasta entrada la mañana,
en que la escoba lo saque
con el polvo de la sala;
estos y otros muchos tipos
conocidos, que animaban
tan simpático café,
con sus burlas y sus charlas,
en esas noches de invierno
pesadísimas y largas,
aburridas y tristonas,
sin más ruido que el del agua
que azotando en los cristales
los hace llorar de rabia,
y alguna otra voz que grita:

«¡El gordo sale mañana!»
¿dónde irán á reunirse?
¿Dónde irán con sus patrañas,
si el hospitalario Fornos
tiene sus puertas cerradas?
¿Dónde irán aquellos vates
que crearon *La Farmacia,*
dicharacheros y alegres,
hombres de chispa y de labia,
que dieron tanto que hablar
por lo bien que despachaban
las *recetas* que caían
en tan popular farmacia?

. . . .

Ya no iremos en verano
á tomar café... por paja,
mientras los ventiladores,
movidos cual las campanas,
daban aire á nuestros rostros
y refrescaban la estancia.
Ya no irán en Carnavales
las consabidas comparsas
á *compartir* con nosotros
sus bromitas y sus chanzas,
ni oiremos los nuevos tangos
de la *Murga gaditana,*
ni veremos otras cosas...
que más vale no mentarlas.

Ya no saldrán á la puerta
los tiestos de verdes ramas,
las sillitas de jardín,
ni las mesas con tres patas,
donde felices pasamos
tantos ratos en holganza,
saboreando el barquillo
relleno, ó la rica horchata,
la cerveza con limón
ó el vaso de leche helada;
y viendo pasar las chicas
á la bochornosa playa
de Recoletos, albergue
de muchachos y muchachas,
en las noches estivales
de este Madrid, que achicharra
de un modo que hasta Cupido
se desprende de sus gasas...,
y á hacer de las suyas... vuela,
junto á las enamoradas.

. . . .

Fornos, esa institución
madrileña, por su raza
alegre, por su tertulia
permanente, hospitalaria,
recibiendo siempre deudos,
que á ciertas horas entraban
haciendo una reverencia

por su *gatera* simpática,
se derrumba, se disuelve
como azúcar en el agua,
para pasar á la historia
universal, no de España;
pues Fornos tenía amigos
donde nadie lo soñaba...
Adiós, adiós para siempre.
¡Cuántos llorarán tu marcha!
¡cuántos tendrán que dormirse
en los bancos de las plazas,
recordando el muelle lecho
de tus divanes de grana!
y ¡cuántos se habrán quedado
debiéndote cien tostadas!
Si todo Madrid lo siente,
nosotros, á sus instancias,
mandamos una corona
con cintas rojas y gualdas,
símbolo de españolismo,
expresión de afecto, y gracias
de todos los que acudían
embozados en sus capas,
en esas noches de invierno,
y allá, al salir de *la cuarta*,
á saborear el moka
que á tus parroquianos... *dabas*.

. . . .

Si se reparten esquelas,
que nos manden una á casa,
para asistir al entierro
con cucharilla y con taza,
representando á este pueblo
que hoy llora tanta desgracia.

¡A MAL TIEMPO... BUENA CARA!

—Menudo tiempecito, doña Pepa.
—No me hable usted del tiempo, señá Hilaria,
que estoy más aburrida que un sereno;
á mí en cuanto chispea me dan nausias;
no comprendo cómo haya quien aguante
cuatro días seguidos en su casa,
sin salir un poquito de paseo
con las chicas, ¡qué le hace tanta falta!
—Pues yo, si hace mal tiempo, doña Pepa,
me tengo que poner de buena cara,
y salir aunque chuce, con mi cesta,
á vender mis verduras á la plaza,
y aunque esté renegando por adentro,
si vienen á comprar las parroquianas,
me tengo que reir y darles *coba*,
llamándolas guapotas y otras chanzas,
aunque sean más feas que un perrero,
con objeto que lleven la ensalada;
porque tengo dos chicas como fieras

y un marido qu'escupe cuando habla,
y pega más que un toro de Miura,
sobre todo al final de la semana;
á mí los chaparrones de la calle
no me dan mucho miedo, porque pasan;
mas no sucede igual, doña Josefa,
con los que caen por dentro de mi casa;
con aquéllos, la ropa es la que sufre;
con éstos, mi pellejo es el que paga.
—¿Y tiene usted paciencia *pa* sufrirlo?
—¿Y qué *quié* usted, señora, que yo haga?. .
—A mi Rufo (que Dios lo tenga en gloria,
pues bien se la ganó), yo lo arañaba,
y ¿sabe usted qué hacía al verse así?
—Cualquier barbaridad, y no me extraña...
—Pues sacar del bolsillo el tafetán,
y pegarse tiritas en la cara,
y á lo más, con el palo de la escoba
le daba cuatro palos á *Sagasta*,
que era el gato, y furioso le decía:
«Toma, toma, bribón, pillo, canalla...»
A los hombres así, ni más ni menos;
fíese usted de mí, señora Hilaria...
—Es que el mío es muy cafre y no comprende
que la mujer es débil, por desgracia,
y además, como el vino es muy atrevido,
en seguida echa mano á la navaja,
y antes de esos extremos, doña Pepa,

sufro, lloro, m'aguanto..., y él se larga.
—No se asuste usted, no; también el mío
llevaba en el bolsillo siempre el arma...
Genio, genio con ellos, y si atizan,
pagar con la moneda que ellos pagan;
diez años he vivido con mi Rufo
y he sido más feliz que una sultana,
y así, ahora, me respetan mis dos hijas,
y harán buenas esposas... si es que cazan
dos Rufos con paciencia y con dinero,
que ya les está haciendo buena falta...
pues Matilde, la pobre, tiene treinta,
y veintiocho cumplidos la Rosaura...

. . . .

—¿Y qué ha sido del novio de Matilde,
aquel joven moreno que rondaba
la calle á todas horas?

—Se ha largado,

después de cuatro meses de constancia,
y sin que hayan tenido ni un disgusto,
al menos que yo sepa, y la Rosaura,
por eso en cuanto el tiempo se obscurece,
sobre todo al final de temporada,
me pongo descompuesta y ya no vivo.
¿Qué hago yo con las niñas en mi casa?
Y salir de paseo es imposible,
pues ¿dónde vamos tres con un paraguas,
con zapatos de lona escotaditos,

falditas de piqué y blusas *caladas*,
á pasar un berrinche y mucho frío,
y á no traernos *ni uno*, para casa?
que hoy los hombres se fijan en la ropa
mucho más que en los rasgos de la cara;
por eso no les queda otro recurso
á ese par de pimpollos de mi alma,
que ponerse al balcón y hablar muy fuerte,
pa que miren algunos cuando pasan
y se fijen que hay *chicas* casaderas,
que al mal tiempo... le ponen buena cara.
Me marcho con las niñas al balcón,
usted lo pase bien, señora Hilaria.
—Adiós, doña Josefa... «y que se fijen»:
yo me voy con las mías... á la plaza...

¡TORRAOS, AVELLANAS Y LIBROS!

Como fin de los festejos
de verano, en nuestra tierra
un montón de barracones,
de malísima presencia,
desiguales y mugrientos
se levantan «sin vergüenza»,
ofreciendo mercancías,
unas malas y otras *buenas.*
¿Es un rancho de gitanos
lo que vemos...? con franqueza.
No, señores, en Atocha,
lo que vemos es la feria...
Pena da que en los Madriles
tal abuso se consienta;
bien está que se conserven
las simpáticas verbenas
de San Antonio, del Carmen,
la Paloma y Melonera,
San Cayetano, San Juan

y otras agradables fiestas,
donde se luce la gracia
y el salero desta tierra;
donde el clásico mantón
de Manila es el emblema
de chulos y de manolas,
de hombres de sangre torera,
y otros tipos dibujados
por pinceladas goyescas.
Que se guarden como joyas,
que se guarden como prendas
de valor inextinguible
lo que marca nuestra tierra;
que nunca jamás se vayan
d'entre nosotros las fiestas
del churro y del aguardiente,
del manubrio y cadeneta,
de faroles de colores,
de la broma y de la gresca,
de las mozas con arranques,
de la sal, de la guapeza
d'esas mujeres que ríen
cuando su Madrid s'alegra,
y d'esas *gachís* que lloran
cuando su Madrid se apena.
¡Que vivan siempre, que vivan
nuestras clásicas verbenas,
donde en confusa alegría

s'estrujan y se codean
el burgués de pura raza
con el golfo de plazuela,
la niña emperejilada
con la cigarrera neta,
el chico de casa grande
con el chico de las cuevas
del Cerrillo de San Blas
capitalista... de veras,
la juguetona modista
con la señorona seria
que va donde va la gente
sin temor á las cruentas
pisadas qu'en esas noches
por todos sitios s'encuentran!

. . . .

Que se cuajen las *kermesses*,
que s'engalanen las puertas
de las *tascas*, y el *chotise*
se mezcle con l'habanera;
que se repitan las rondas,
que s'ahoguen las pendencias
con un «olé ya tu cuerpo»
ó un «que reviente mi suegra».
«Escupa usté en el pañuelo
para guardarlo en conserva,
pues lo que su boca escupe
es lo que hacen las abejas.»

«¿Me presta usté los ojazos
pa encender la chimenea?»
«¡Dios bendiga á su papá,
que hizo una cosa tan buena!»
. . . .
Toca el «pom-pom», que se baila,
y s'habla cerca, muy cerca,
que quiero darle un recado
á Puri la salchichera;
venga d'ahí, más movimiento;
muchacho, trae *unas medias*
pa estas señoras que quieren
tomar *algo* por mi cuenta,
y esta noche las convido,
porqu'en mi barrio hay verbena,
en mi bolsillo dos duros
y en mi persona guapeza...
¡Viva Madrid, qu'es mi pueblo!
¡Dios nos conserve estas fiestas!
. . . .
Pero qu'en Septiembre digan
qu'en la corte hay una feria,
á todos los madrileños
nos *indizna* y desespera.
Allí ¿sabéis lo que hay?
cuatro gangueros que piensan
por un duro en calderilla
llenarse la biblioteca

d'obras d'autores selectos
qu'están *tiradas... por tierra,*
y encuadernadas las venden
á dos reales y á peseta;
media docena de puestos
de *torraos* y frutas secas,
unos cuantos aburridos,
otros llenos de paciencia,
y *algunos* desocupados,
qu'en todas partes s'encuentran,
qu'en vez d'irse á la parada,
ó á ver asfaltar, se cuelan
de rondón en el paseo
d'Atocha, real de la feria,
y allí sentados al fresco,
los más con la boca abierta,
y una pierna sobre otra
se pasan las horas, mientras
desesperados cien tíos
á gritos pelaos vocean:
—¡Avellanas, quién las quiere!
ó —¡El tomo vendo á peseta!

. . . .

Allí no busquéis mantones
lucidos por buenas hembras,
ni bailes, ni farolillos,
ni algazaras de verbena,
ni piropos madrileños,

ni músicas callejeras...
¿Sabéis el nombre mejor
que le conviene á esta feria,
sin que nadie se moleste,
pues para nadie es ofensa?
«Liquidación de avellanas,
de *torraos* y d'obras sueltas.»
Y si queréis convenceros
y saberlo á ciencia cierta,
venid... mas no; no vengáis,
qu'es una broma molesta,
y bromas de *mala pata*
ni á los cojos se toleran.

. . . .

LA AFICION EN BAJA

—¿Dónde vas con tus hechuras,
que tan de ligero pasas,
sin decir siquera adiós
á tus amigos del alma?
—¿Y eso me lo dices tú
que conoces mis hazañas...?
Tú no vives en el mundo,
ni diquelas unas miajas,
ni *tiés* pupila, ni tacto,
ni sentimientos, ni nada,
y, por no tener, ni tienes
en tu bolsillo *una blanca*
pa obsequiar á los amigos
en los días de gran gala.
¿Que dónde voy?, me preguntas,
y ¿dónde quieres que vaya
Juan *el Zocato,* que ha visto
la luz primera en la Cava
y se sabe de memoria

las piedras que *tié* la plaza
de San Andrés y adyacentes,
sin dejarte la Cebada,
qu'es m'ilusión, te lo *azvierto*,
y no te lo digo en guasa;
yo que no falto un domingo
á la Bombi con mi chacha;
yo que tengo entrada libre
en cuasi todas las tascas
que pululan los Madriles
ó en el extrarradio se hallan;
yo que me sé las verbenas
mejor que el padre Ripalda,
y no falto ni una vez
á la pradera, aunque caigan
capuchinos bronceados,
y m'estoy baila que baila,
á los melosos compases
de un señor *Pombia in Novara*,
y en mi buhardilla trastera
no hay más que pitos y flautas,
que son recuerdos yacentes
de estas fiestas de la gracia,
del salero y de la broma,
del humor y de la labia?..
¡Ay, Rufo! No eres el mismo;
créelo, que me das lástima;
Preguntarme dónde voy...

¡Por éstas, que te largaba
un par de tortas de abrigo
en completa confianza!
¿No te lo dice esta ropa?
¿no te lo dice esta cara
y este puro con cintillo,
que es oriundo de l'Habana?
¿No sabes el día qu'es hoy?
Quítate las telarañas
que t'anublan el sentido
de la vista y arrepara
en esto que está en la mano.
¿No lo ves? ¡Una andanada!
La cual mora en mi bolsillo
desde ayer por la mañana,
pues ya sabes mi afición
y conoces mis hazañas;
así es que no me preguntes
c'ánde voy, porque m'azaras...
Voy donde van los que sienten
con una pizquita de ansias
amor á las tradiciones
de este Madrid de mi alma;
voy porque tengo en mis venas
sangre de majos y majas,
y mi corazón s'alegra
cuando de fiesta se trata;
voy donde van hoy los hijos

de la tierra de la gracia,
y las mujeres que saben
llevar la mantilla blanca
y el pañolón de Manila
y el camelar en su cara,
y en sus ojazos el fuego
de este sol que nos abrasa;
voy donde van hoy las hembras
del Avapiés y la Cava,
de Maravillas y el Rastro,
que es el *riñón, con su salsa,*
d'esas mozas que se ríen
cuando de broma se trata,
y d'esas mozas que lloran
sus quereres cuando aman;
las que animan las verbenas
con sus risas y algazaras;
las que al son del organillo,
muy bien y ceñidas bailan;
las que beben peleón,
aguardiente ó limonada;
las que saben *distinguir*
y largarnos dos *guantáas*
si la broma que reciben
les resulta algo pesada...
Allá va Juan *el Zocato,*
á disfrutar de sus gracias,
y á recibir mucho sol

en mi asiento de andanada,
á llamar tumbón al *Bizco*
porque mete mucha vara,
á dar un par de consejos
á esos maestros de *guagua*,
que no comen caracoles
por temor á las cornadas.
«Llévalo al diez, cacho primo,
y sácalo de las tablas!»
«¡Ahora no, tráelo á los medios!»
«¡Mucho cuidao que s'arranca!»;
á beberme dos cuartillos
y á comerme dos naranjas
y una perra de *alcagüeses*,
y una ración de patatas;
á armar bronca con cualquiera,
y á darle dos *gofetadas*
al primero que me diga
que es un maleta *el Desgarra;*
á decirle al presidente:
«¡Que se vaya, que se vaya!»,
y á reirme de las cursis
que suelen ponerse malas
cuando ven que corre el bicho
detrás de cualquier espada.
¿Qué me dices de estas cosas?
Y tu afición y tu labia
¿dónde están, mi caro amigo,

que tan poco t'entusiasmas?
—¡Ay, *Zocato*, eres un lila,
que te timan y t'engañan;
antes *menda* era el primero
que á tu asiento se abonaba,
cuando en verdá había toros
y toreros con agallas;
pero ahora que hay... *pacholí*
y mucho algodón en rama;
toreros, pocos y malos,
y plazas, la mar de plazas;
así es que no me convences
con tus dichos y tu labia.
¡Tanto han cambiado las cosas,
que mi afición está en baja!
Vete, Juan, vete contento,
á tu asiento de andanada,
que para ver fototipias
y moruchos en estampa
me gasto una perra gorda
y los veo... en el programa.

. . . .

—Vayan subiendo, señores.
¡Eh, á la plaza, á la plaza...!

. . . .

LA PRIMER COMBINA

—Mira, Ulogio, hace dos días,
mejor dicho, una semana,
que me lo vengo pensando,
y aunque me sobran palabras,
y epítetos camelosos,
y razones de gitana
para convencer á un hombre,
yo no sé lo que me pasa
que cuando voy á decirlo
se me pone en la garganta
un nudo que m'interrumpe
la conversación, y nada,
me callo y me desespero,
tragándome las palabras,
que temo se me indigesten.
—Pues *gomítalas* y acaba...
—¡Olé por los vomitivos
y los hombres con agallas!
Hoy c'has desatao el nudo,

vas á escucharme con ansias
como si fuera aquel día,
que me llamaste serrana
y otras cosas que me callo
por temor á divulgarlas
y empezamos á querernos
y hablarnos con las miradas,
que por cierto había algunas,
d'esas que hacen...
—Vamos, calla,
pues dudo yo que en el barrio,
se encuentren dos con tu labia,
y con esa mano izquierda
que para dar *gofetadas*
debe ser una obra d'arte
fuera de concurso... ¡miálas!
Desembucha tu combina
y si *me se* cae la baba
no t'asustes, pues ya sabes
qu'es por oir tus palabras.
—Pues ná, la cosa es sencilla;
qu'estando con la Pascuala,
la cigarrera del cinco,
en el patio de su casa,
esperando á qu'el botijo
se me llenase de agua,
me dijo, dice: «Chiquiya,
á mí las cosas *mu* claras;

tenía ganas de verte
pa contarte la trastada
que l'estoy armando á Paco,
de buena ley, ¡pocas gracias!,
y ya l'he hablado de ti
y d'Ulogio, pues se tratan
y beben desde hace tiempo
los dos en las mismas tascas,
y juntos suelen correrlas
y juntos suelen pescarlas.
La combina es de primera;
salir bien, puede que salga,
pues cuando s'hacen las cosas
con gentes de confianza
y que piensan con prudencia
y con prudencia se gastan
las pesetas miserables
que puedan tener ahorradas,
después de mil equilibrios
con el puchero, que exhala
suspiros que causan pena
al verse sin una raspa;
te lo digo francamente
como lo pienso, Pelagia,
sale á las mil maravillas
cualquiera de esas *trastadas*.
Tú sabes c'hace dos años
Pantaleona, la *Chata*,

esa que peina más moños
que Pagés, *in verbo en gracia,*
se fué con Lucio *el Melones*
á no m'acuerdo que playa
á tomar baños de mar...
—¡Como que no se lavaba
desde aquel día ¿t'acuerdas?
que se cayó en una balsa,
del lavadero de Pepa,
de la cuesta las Descargas!
—Pues bien, tan tonta se puso,
desde que se vió aseada,
que no me dice ni adiós,
que no sale á la ventana
ni toma el fresco á la puerta,
ni á chorro bebe ya el agua,
y hasta creo, según dicen,
que en una artesa se baña,
y en fin, chica, que da asco...
Por eso de la Pascuala
no se sonríe esa tía
ni con narices, ni chata.
Este verano á Alicante,
salga el sol por donde salga,
Ulogio y Paco, y con ellos
servidora y la Pelagia,
pa que s'entere esa *chula*,
qu'es un derribo sin vallas,

y sepa que en este barrio
hay cigarreras barbianas
que con la sal que les sobra
pueden salar todo el agua
del estanque del Retiro
y un poco más, si hace falta;
d'esa sal qu'en grano gordo
es alegría y es chanza,
y es humor de Barrios Bajos
y es salero y camelancia,
y no la suya, tía *coti*,
qu'es la sal de la mojama.»
—¿Qué te parecen, Ulogio,
los planes de la Pascuala?
—Que pa mí que cañamones
al por mayor, y una jaula
con un bebedero limpio
y unas hojas de ensalada...
pues por barato que sea
ese viaje á las playas,
que la consorte de Paco
se trae en veras ó en guasa,
ha de costar un papiro
de veinticinco del ala,
tan sólo por el arrastre
hasta las costas saladas,
á los que habrá que añadir
los imprevistos..., las tascas...,

porque yo conozco á Paco...,
y Paco sólo se baña
el paladar con Chinchón,
con Valdepeñas ú Arganda,
y l'he oído muchas veces,
estando de buena pata,
que lo que no cure el vino
mal lo ha de curar el agua,
y son proverbios-sentencias
que no hay qu'olvidar, Pelagia,
por eso te los *azvierto*
antes de salir de casa;
son decires meditados
con prudencia y mucha calma,
hijos *tóos* de la experiencia
y nietos de la enseñanza:
no nos vayamos á *dir*
ocho días á esas playas,
y al volver nos encontremos
con media puerta cerrada
en señal de qu'el cocido
ha muerto pa la Pelagia
y su adjunto el albañil
por una gran temporada...
—Tú no t'apures por eso;
mientras viva tu Pelagia
y en la sección de picao
tenga un puesto tu serrana,

no te faltarán gabrieles
ni tabaco, ni una blanca
pa que la gastes en vino
con tus amigos de tasca,
y t'acurdeles un día,
á elección, en la semana...
—Si es así, vete ahora mismo
á ver á Paco y Pascuala,
y le dices que d'acuerdo,
que nos vamos á las playas,
y el que venga atrás qu'arrée,
y recuerdos á la *Chata*...
Olé las olas dei mar,
y las mujeres barbianas,
y anticípame, si quieres,
una parte del programa,
pues tengo que despedirme
de mis amigos de tasca...,
como hacen los caballeros
cuando de Madrid se largan...
Pa cumplidos..., servidor,
y pa mujeres... Pelagia.

POR LA VERBENA

PIROPEANDO.

¡Olé por las barbianas que hay en mi barrio!
Dios bendiga á las mozas que da mi tierra.
Bendita sea su mare, *cacho* de gloria.
No hay hembra más hermosa por la verbena.
Tiene usté unos andares que me dislocan.
Sus ojos son dos arcos de incandescencia;
sus miradas son fuego que me achicharran
y es su aliento un manojo de yerbabuena.
Su boca es un capullo que se está abriendo;
por eso sus palabras tienen la esencia
de las rosas, jazmines y los claveles,
del nardo, los azahares y la azucena;
no vaya usté de prisa, que con su garbo
levanta usted un polvo... que me marea
y he pensado seguirla toda la noche
para admirar lo bueno que usté se lleva.
De *verdá*, me cambiaba por sus pendientes
para ir arrimadito junto á su oreja,
diciéndole despacio la mar de cosas,
y que usté solamente me las oyera.

¡Uy, uy, uy, uy! qué envidia tengo al bolsillo
que lleva usté en la mano, *cacho* de prenda.
¿*Quié* usté darme la otra, que es muy de noche
y es fácil que á estas horas solo me pierda?
¿*Quié* usté que la convide..? Mas no sé cómo,
pues los *torraos* es broza para una reina,
y no digamos nada las azofaifas...,
los higos y las pasas y las mollejas.
Usté por esa boca, que es *er* delirio,
¿qué va á comer, no siendo natas y cremas,
anises chiquititos y camarones,
bombones de los caros que *tien* esencia?
Y después de ese pisto, si es que le place,
me pone usté hecho un trapo... *vaudevillesca*,
á condición que luego, con ese trapo,
haga usté, *cacho* gloria, la servilleta
pa limpiarse los labios muy despacito;
mas no caerá, por cierto, tan buena breva.
Estoy loco perdío por sus decires;
usté solita vale más que cien hembras
y digo ciento, hermosa, por decir algo,
pues si á escribirlo fuese ¡menuda cuenta!
Por usté me *jasía* yo de Consumos,
que es, sin duda, el oficio más sinvergüenza;
me lavaba á diario... que ya es constancia;
me cortaba los tufos y la coleta,
y, pa que se haga cargo de mi cariño,
tan sólo he de decirla que, si lo ordena,

le doy (y es valentía pensar en ello)
le doy un par de abrazos hasta... á mi suegra.
¡Qué requetebonita, qué salerosa!
¿Dónde encontró usté junta tanta belleza?
Bien puede usté reirse de las Venuses,
pues á su lado todas resultan feas;
cuando va usté despacio, los angelitos
se asoman desde el cielo sólo por verla,
y yo que los contemplo, suelo decirles:
«Es un *cacho* de gloria que está en la tierra.»
Donde va usté va el goce, va la alegría;
sus risas son campanas tocando á fiesta,
por eso con las notas de sus cantares
se borran los pesares y las tristezas.
Dichoso el que á su brazo pueda colgarse,
pues no hay dicha en el mundo más verdadera
que el oir los murmullos de los que pasan
diciendo entre otras cosas: «¡Vaya una hembra!

. . . .

¿Que es guasa lo que digo? ¿Que no lo siento?
¿Que mis flores son mustias y sin esencia?
A usté se lo perdono mil y mil veces
pero ¡ay si otra *individua* me lo dijera!
Yo las flores las guardo pa las que valen;
así que á usté, que vale tantas pesetas,
¿cómo voy á arrojarle sólo un puñado
si á usté debo de echarlas á manos llenas?
A pupila en el mundo no hay quien me iguale,

y á distinguir el paño que *tién* las hembras
no hay quien me eche la pata, yo se lo afirmo,
por eso mis palabras hay que creerlas.
He dicho, y lo sostengo, que usté es la moza
más juncal y más guapa de la verbena,
la de mejor trapío de los Madriles,
la mujer más barbiana de *toas* las hembras,
la que sabe ceñirse los de Manila
con esa picardía y esa destreza
propia de las chulonas de Embajadores
que *tién* la gracia toda de nuestra tierra.
Güérvase usté de lado, que la contemple,
que pueda ver su cara tan sandunguera,
y diga usted á su madre de parte mía
que *m'alegrito* mucho de verla *güena*,
y que tiene una hija que es un pimpollo,
que Dios se la conserve... que yo lo vea,
y si *quié* usté le dice que Segismundo,
el chulo de la Cava de más vergüenza,
está dispuesto á hacerse de su familia
llamándola con *mimo* querida suegra.
Se acabaron las flores ¡quién lo diría!
pégueme usted dos tortas si he estado pelma
y si no, hasta la vista, donde usted sabe...
¡Adiós, chulona mía!... ¡Requetefea!
A mamá *muchas cosas*... que no la *olvío*,
y usted pídame gloria... que voy por ella.

. . . .

CONTRA UN PROYECTO

—Ha llegao á mis oídos,
una noticia, *Migajas*,
que, de ser cierta, te digo
que m'hace muy poca gracia;
y tú, cuando la conozcas,
y la medites con calma,
como yo la he *meditao*,
puntualizando las causas,
con su aquel y sus errores
y un porción de circunstancias
que vienen al caso, alivias,
y ó tienes muy poca lacha,
cosa que nunca he pensado,
ó te unes á mis palabras,
para salir en defensa
del Madrid de nuestras ansias,
y de los barrios castizos,
que empezando por la Cava,
Lavapiés, Humilladero,
Maravillas y las plazas

de Puerta Moros, el Rastro,
Las Vistillas y la Paja,
y siguiendo por la Ronda
de Segovia, todo es gracia,
salero y chulapería,
buen humor y zaragata...
—¿Qu'es ello? vamos, contesta.
¿Cuál es el proyecto? Acaba
que ya me *tiés* intranquilo
por saberlo, y tú divagas,
sin irte al grano de lleno,
hasta acabar con la paja...
—Pues ná, chico, que la calle
de Segovia nos la cambian;
l'Avenida más castiza
d'este Madrid de mi alma;
la más típica, por vieja,
de las calles castellanas;
la que aún conserva orgullosa
una docena de casas,
donde se bailó el bolero,
las roscas y la pavana;
donde vinieron al mundo
aquellos majos y majas
qu'iban juntos á los toros
en calesas adornadas,
á ver á los Calderones
derrochar salero y gracia,

y un día fueron modelos
de los cuadros que pintaba
un *tal* Goya, que era un fresco
con su aquel y circunstancias,
va á perder todo el sabor
si consiguen asearla,
pues piensan quitar la cuesta,
derribar todas las casas,
y hacer jardines modernos
con fuentes y con estatuas.
. . . .
—Permíteme que me ría,
pues el proyecto *tié* gracia;
cuidiao que los hay bocones
de verdad, con mala pata;
eso es igual que si ahora
á mi suegra la peinaran,
y la dieran colorete
y la tiñeran las canas;
estaría más moderna,
pué que sí, y hasta más guapa.
—¿Quién lo duda? Mas por dentro
¿tú crees que la cambiaban?;
tan suegra sería entonces
como lo es hoy (por desgracia).
Ya ves que lo tomo á chunga
y te estoy hablando en guasa;
pues, bueno, á pesar de todo,

m'están entrando unas ganas
de pegarle dos mamporros
al que pensó tal gansada,
que si yo le conociera,
si m'enseñaran su casa,
menudo iba á ser el plano
que le pintaba en su cara.
Pa mí, la calle é Segovia,
con su cuesta y con sus casas
de portales estrechitos,
y sus patios de corrala,
con galerías corridas
y con cortinas muy blancas,
me merecen más respetos
que toda la Castellana.
Tú de sobra me conoces,
y si las piedras hablaran
¡qué de cosas contarían!
pero aunque las saben... callan...
Yo que he nacido en la calle
del Rollo, esquina á la plaza
de la Cruz Verde, y *aluego*
aprendí en Puerta Cerrada
á ser hombre, ¿*quiés* qu'aguante
con paciencia tal infamia?
¿Cómo voy á permitir
que á este rincón de mis ansias,
que á este trozo de Madrid

que es un trozo de mi alma,
á quien quiero con delirio
por los recuerdos que guarda,
por los amores qu'encierra
y por los seres que faltan,
lo echen abajo tan sólo
por conveniencias de...? Vaya
que no, y que no lo consiento
por éstas que beso... miálas...

. . . .

¿Voy á dejar de salir
á la puerta de mi casa,
esas noches qu'el bochorno
nos derrite las entrañas,
á tomar con la familia
el fresco, y á beber agua
por mi botijo que l'hace
más fresquita que la horchata?
¿No voy á echar dos piropos
(cuando mi mujer se vaya)
á esas morenas c'atontan,
y á esas rubias más saladas
qu'el Océano Pacífico
que á la fuente van por agua?

. . . .

Si madrileño nací,
madrileñas son mis mañas,
mis costumbres, mis decires,

mis bromas y mis palabras.
Así es qne cuenta conmigo;
ya sabes quién es *Migajas:*
hay que defender lo nuestro,
y si hay alguien con agallas
que s'atreva á levantar
una piedra d'esta plaza,
mire que tras d'esa piedra
se levanta una muralla
compuesta por los «castizos»
llamados *gatos* y *gatas*,
dispuestos á defender,
para que no se nos vaya,
este Madrid de mi vida,
este rincón de mi alma;
que vengan tóos los que sientan
cariño por esta Patria:
las mozas de andar menudo,
las de la falda planchada,
las del pañolón de flecos,
las que al mirar nos abrasan
con el fuego de sus ojos
y el aliento de su labia,
las que llevan en sus venas
la sangre de Malasaña;
pues saben morir matando
y saben querer... con ansias.

. . . .

Las mujeres madrileñas,
prototipos de la gracia;
las que van á las verbenas
luciendo todas sus galas;
las que van á la pradera
á beber un trago de agua
milagrosa y á mercarse
un pito, y uno de albahaca;
las hijas de los Madriles,
mujeres de rompe y rasga,
que saben llorar las penas
de su pueblo, si les faltan
las castizas tradiciones
que, sellando nuestra raza,
le dan ese tono alegre
á esta tierra castellana.
Que nunca falte un puñado
de castizos; mientras haya
unos cuantos que á su pueblo
lo quieran con todo el alma,
no tocarán á la calle
de Segovia para nada.
Es la opinión de *dos gatos,*
qu'en ocasiones arañan;
hoy por hoy, sobran proyectos;
cordilla es lo que hace falta.

LA FIESTA DE SAN EUGENIO

¡AL PARDO POR BELLOTAS!

Los que han nacido en Madrid,
cuando llegan estas fiestas
clásicas, tradicionales,
que entusiasman y que alegran,
pues son como fiel reflejo
de la gracia de esta tierra,
sienten dentro de su alma
un algo así como arenga
que les dice: «Madrileños,
por bellotas y á la fiesta,
que el pañuelo de crespón,
con ese fleco que cuelga,
cubra los talles airosos
de las bellísimas hembras
nacidas en Lavapiés,
entre piropos, que suenan
á repique de campanas,
y á carcajadas de *jembras*.»

¡Qué sería de Madrid
si la madrileña neta
olvidara estas costumbres
tan simpáticas y añejas!
Si la sangre que tenemos
es española, que hierva,
que por algo la heredamos
de aquellas majas goyescas,
que á orillas del Manzanares
crearon casi estas fiestas,
cuajadas de sol y amores,
que es lo que da nuestra tierra;
sol que no iguala á ninguno
y amores libres de penas,
que reviven la alegría
y que ahuyentan la tristeza;
que se luzcan los peinados
sobre gentiles cabezas,
y que adornen vuestros bustos
las mantillas madroñeras;
que se mezclen á los gritos
de «olé, que viva la fiesta»,
los de «bendita la gracia
de las hembras con guapeza»,
al *yaá* de los mayorales,
el *tin-tin* de las colleras;
que brille el sol, mucho sol;
que se oiga en continua gresca

el incesante ajetreo
de ómnibus y jardineras,
atiborrados de gente
con mucho humor y vergüenza,
que siguiendo la costumbre
de celebrar tales fiestas,
al Pardo va por bellotas
pues San Eugenio l'ordena
y hay que cumplir con los santos
para que nunca s'ofendan;
hay que llevar á esos sitios,
lo mismo que á las verbenas,
todo el salero y la gracia
d'esta tierra madrileña,
porque si eso se nos va,
qu'es lo mejor que nos queda,
¿qué será de los Madriles
y qué será de sus fiestas?
Hay que mostrar gran empeño
por conservar las herencias,
de manolas y chisperos
sin dejarlos en leyenda;
hay que llevar el manubrio
á presidir esas *juergas*,
pues sus notas son chispazos
de música bullanguera,
de aquella música clásica
que nos legó el pobre Chueca,

que produce al escucharla
sensaciones de tristeza,
expansiones d'entusiasmo
y cantares de flamenca;
hay que lucir los mantones
de Manila, que se vean,
y moverse á los compases
melosos de una habanera,
agarrada á un *mozo crúo*
con persianas y presencia,
con pañuelo rojo al cuello
y con gorrita de seda;
que vivan siempre esos cuadros
que puestos en panderetas
son como un sello que marca
l'alegría desta tierra
y por los que dan *cien libras*
esas touristas inglesas...

. . . .

Madrileños, haced todos
lo que una *gentil pareja*
que vive en los barrios bajos
hace ya una friolera,
pues él cuenta ochenta y uno,
y ochenta se raya ella,
que no hay año que no vayan
á celebrar esta fiesta...

—Qu'es día de San Eugenio,
prepárate, Micaela.
—Ya lo sé, no *me se* olvida,
voy á poner la merienda
y ¡al Pardo por las bellotas!
—¡Ya no podremos comerlas!
—Pero dejar d'ir nosotros...
—¡Eso no; vamos por ellas..!

. . . .

LA FIESTA DE SAN ANTON

—Sirve una ronda, Felipe,
aquí para estos señores,
que la pago yo, y apunta
pa luego evitar cuestiones,
porque tú, si te trascuerdas
eres atroz, y aunque conste
que no m'enfado, me gusta
c'ambos quedemos conformes.
. . . .
. . . .
Pues sí, Donisio, yo siento
amor á las tradiciones,
por eso me da coraje,
por eso me dan sudores
cuando llegan ciertas fiestas
que hoy ni su padre conoce.
¡San Antón del alma mía!
¡Qué diferencia d'entonces!
¡Qué solo te van dejando!

¿Dónde está la gente joven?
¿Dónde el humor de aquel tiempo?
Cuando de broma y de goce
acudía aquí la gente
que se llamaba de bronce,
mostrando soberbios potros
y luciendo sus primores
paseaban esta calle,
oyendo vivas y oles...
¿Dónde están, Donisio, habla?
¿Dónde se fueron, di, dónde?
¿No me sobra la razón
p'hablar así? Vamos, hombre,
hay cosas que dan achares,
disgustos y hasta dolores,
y ésta pa mí es una d'ellas,
pues creo que me conoces;
yo que he asistido á esta fiesta
sin faltar un año, sobre
mi jaca torda, adornada
con cintas de mil colores
y he admirado el mujerío
que, asomado á los balcones,
s'adornaban con mantillas
de madroños de colores,
derrochando su alegría,
su buen humor y su goce,
mientras en la calle el pueblo

sin cesar echaba flores
á las mozas de trapío,
que envueltas en sus mantones
de Manila parecían,
más que mujeres, cien soles,
y en la ermita no cesaba
d'entrar la *cebá* á montones,
¿quieres que no sienta pena
y que no m'entren sudores
al ver las fiestas d'ahora
tan faltas de diversiones?
—Es que los años se pasan
y tú, Juan, ya no eres joven,
por eso crees que ahora
ya no *tien* humor los hombres,
y las mujeres no valen
lo que valían entonces;
la diferencia está en eso,
á no ser que me equivoque.
—*Pà* mí que sí, y lo demuestro
con una ó varias razones,
que espero han de convencerte,
pues creo que no eres torpe,
y tocante á distinguir,
tú distingues de colores.
¿Me *quiés* decir quién acude
á San Antón? A remolque
algún *gachó* con sus mulas,

porque lo mandan, y al trote
se vuelve malhumorado
al ver aquello tan pobre;
unos cuantos señoritos,
que no hacen más que dar voces
y decir chistes groseros
á las que pasan en coche;
cuatro jamonas añejas
luciendo ricos mantones,
y, en fin, un porción de gente
que va sin saber adónde,
sin entusiasmo y sin gracia,
ni amor á las tradiciones;
pero las mozas de rumbo,
las chulas de Embajadores,
las hijas de nuestro pueblo,
las que alegran las funciones
con sus decires castizos
y sus ojos tentadores,
ésas ya no van ahora
á San Antón como entonces,
ni van los majos aquellos
que hacían tanto derroche,
y en las *tascas* se dejaban
el dinero por montones;
ya no se ven ejemplares
de caballos españoles,
ni gitanos con borricos,

ni un animal que disloque;
dime, pues, Donisio, dime
si no me sobran razones
p'hablar así, deste modo.
¿No quieres que m'acalore?
Ahora ha venido á atufarnos
esta fiesta el automóvil,
y esos caballos, mi amigo,
aunque los arree el *chóffer*
al Santo no l'hacen gracia,
con razón, porque no comen...
¡San Antón del alma mía,
qué diferencia d'entonces!
¡Qué solo te van dejando!
¿Por qué vino el automóvil
á mermarte la cebada
y á quitarnos las funciones?
Estos tiempos traerán otros,
y ojalá que sean mejores.

. . . .

Felipe, pon otras copas.
—Estas sí que son razones.

. . . .

CONSUMIDOS... SIN CONSUMOS

—No le des vueltas, Abundio,
no me lleves la contraria,
no seas *zote* y no machaques,
que no *tiés* razón en nada;
paice mentira que insistas,
tú que ves las cosas claras,
y eres hombre que *diquelas*
por lo menos unas *miajas*,
y *tiés* sentido común,
parpadeo y circunstancias,
y en los *mítines* has dado
tu opinión sobre la baja
de las mollejas refritas
ganando con tus palabras
las *afeciones* del pueblo
que t'aplaudía sin tasa...
Pero ahora t'has emperrado
en defender las ventajas
que al suprimir los Consumos

percibimos, y machacas
como si fueran á darte
la cruz de Puerta Cerrada,
libre de gastos y *tóo*,
por tu valiente campaña,
en pro de la supresión...
Piscis frescos de Jarama;
ponte en terreno neutral,
piensa un poquito con calma,
y no t'alucines tanto,
que te lo dice el *Membranas*,
qu'en eso de consumir
no es un percebe... y aguanta;
arrímate á la opinión,
y no te llames *andana*
porque t'estimo y t'aprecio
y no *quió* andar por las ramas,
que yo no soy ni pardillo,
ni jilguero, ni... calandria...
Con suprimir los Consumos,
vamos á ver, ¿c'adelantas?
¿me lo pués decir? Respira,
que t'escucho como á Maura.
—¿Te *paice* que no es *bicoca*,
solución, problema ú ganga,
poderse comer dos pollos
por dos cincuenta del ala
ó del pico...

—Como gustes.
—...sin registro ni aduanas?
—Y también *sin pipitoria.*
—Si vas á tomarlo en guasa
doy la vuelta y ahí te dejo,
que á mí no me das matraca.
¿Me *quiés* creer, y esto es serio,
que no es *dizno* de alabanza,
la supresión del impuesto
de Consumos en España?
¿Vas á negar que tú mismo
no has quebrado tu garganta
gritando: «¡Abajo el impuesto,
y viva la democracia?»
¿T'ha gustado qu'el del pincho
en los bolsillos t'hurgara
para *cogerte* una pierna
de cordero, *verbi gracia,*
ó un kilo de longaniza,
ó un cuartillo de *sustancia?*
¿No t'ha *dao* eso coraje?
¿No has sentido nunca ganas
de darle dos cogotazos
en la nuca á esos canallas
por buscarte las cosquillas,
con ese par de manazas,
como manoplas d'asalto?
¿Qué dices, qué?... Vamos, habla.

—Que en eso estamos d'acuerdo,
que lo d'hurgar no m'agrada,
pero que en vez de costarme
un real, por kilo de magras,
tenga que pagar diez reales,
por ejemplo, más de casa,
ó *apropincuar* dos pesetas
por la cédula, ¿es ventaja,
ó es pulverizar al prójimo
como si fuera mostaza...?
En eso *tiés* que fijarte
y no pararte en migajas,
pues el que bajen dos céntimos
las judías, las patatas,
el queso, las hortalizas,
los pescados y la caza,
y otros dos el peleón
ú el aguardiente de caña,
ni á ti, ni á mí nos importa,
porque no tiene importancia;
en cambio con los impuestos
d'*entrevé* que ahora nos largan,
va á ser cosa d'emigrar,
pues la vida es muy sagrada
y no está bien hacer polvo
el porvenir de una raza,
y qu'encima nos riamos
y alegres demos las gracias,

mientras otros se divierten
diciéndonos dos gansadas,
y poniendo las *buhardillas*
más por las nubes qu'estaban,
sin contar con los hogares
que hoy llorarán su desgracia
al ver llevar las casetas
hechas tablones de vallas,
á lo que antes fué depósito,
sintiendo que no le hagan
á ellos lo mismo, pues tienen
el *coci* á la funerala...
y pa vivir dese modo,
sin jornal y con las gangas
de los impuestos de moda,
¡la solución es bien clara!
que los lleven al depósito
mientras s'arregla la *changa*,
y así tendrán para luego
las casetas... y los guardas...
Porque, Abundio, yo te digo,
y en muy poquitas palabras,
que cuando menos se piense
vuelve el pincho á hacer monadas,
y entonces los que chillaron
y mil piedras arrojaban
verás cómo se divierten
cuando tengan que tirarlas,

no tan sólo á las casetas,
sino también... á las casas.

. . . .

Porque poner cuesta poco,
pero quitar... ¡unas magras!

LA NOCHE DE REYES

Envolviendo, temblón, un pitillo,
mientras Sole ponía la mesa,
á mi mente acudieron recuerdos
de otro tiempo mejor, y con pena
nos pusimos á hablar de unas cosas
tan amadas, queridas y tiernas,
que los dos acabamos llorando
de pesar, de dolor, de tristeza;
y al mirar esta casa tan sola,
cuando estuvo otras veces tan llena,
nuestros cuerpos temblaron mil veces,
y en el alma sentimos la mella
que produce el estar ya tan solos,
sin cariño, sin vida y sin fiestas.
¡Pobre hogar; sólo un viejo te cuida,
y á este viejo lo cuida una vieja!
¡Cómo en él encontrar alegrías,
si la muerte corriendo se acerca
á llevarse dos vidas, que viven

en continuo pesar y tristeza!
¿Dónde fueron aquellos gozares
de otras noches iguales á éstas,
en que alegres cenábamos juntos,
disfrutando una dicha completa,
sin pesares que agobian el cuerpo
ni inquietudes que el alma atormentan?
¡Qué felices vivíamos todos!
Aún parece que veo la escena
de esta casa en la noche de Reyes
preparando la dicha. ¿Te acuerdas?
¡Qué bullicio! Los chicos corrían
sin dejar un minuto la gresca,
preguntando unas cosas tan raras
que las más no tenían respuesta;
los mayores, *un poco escamados,*
no querían creer la leyenda
de los Magos que vienen de Oriente
á traer á los niños que duerman
los juguetes que tienen pedidos
por postales, por carta ó tarjeta...
Los pequeños, en cambio, reían
cuando yo les mostraba las letras
de las cartas *escritas por ellos*
á los Reyes. ¡Qué cartas aquéllas!
Me parece tenerlos encima;
pues subidos los tres en mis piernas,
la escritura se hacía más fácil,

y la tinta rodaba en la mesa
al primer empujón que le daban
por resultas de alguna pendencia...
El momento fatal para ellos,
lo que á todos causaba más pena,
era el verte venir enfadada
y decirles con cara muy seria:
«Ahora mismo á la cama *tó* el mundo
sin llorar, pues si luego se enteran
esos Reyes que alguno ha llorado,
en lugar de juguetes le dejan
una carta con muchos insultos,
y además unas buenas correas,
para darle unos cuantos azotes
por haber sido malo y dar guerra.»
. . . .
¡Qué de besos sonaban entonces!
Yo al oirlos corría, y las penas
se iban todas; pues ellos reían,
y las risas de un niño no dejan
que el sufrir nos amargue la vida
porque son la alegría completa.
¡Qué feliz aquel tiempo pasado!
¡y qué tristes las noches como ésta!
No debieran llegar estos días;
no debieran llegar estas fechas,
pues cuando oigo el bullicio en la casa,
cuando siento á los chicos, quisiera

alejarme de aquí para siempre,
olvidar este hogar, que recuerda
lo que no vuelve más, pues el tiempo
lo destroza, lo borra, lo lleva,
para luego traernos, en cambio,
soledad, pesadumbre, tristeza...

. . . .

Han abierto un balcón, y se escuchan
risotadas de niños que juegan.
Se cerró una ventana, y se oye
cómo lloran el viejo y la vieja.

. . . .

. . . .

Son contrastes que ofrece la vida
en la noche de Reyes... ¡Paciencia!

EL PAPÁ DE LOS GATOS

Leído en el banquete celebrado en honor de Antonio Casero, el día 15 de Diciembre de 1912, en la Huerta (Bombilla).

Estilo, labia, guapeza,
chulapería, salero,
gracia, buen humor y porte
de típico madrileño,
amante de los amigos,
de las amigas... no hablemos,
y más majo que los majos
que Goya pintó en sus lienzos,
es el mozo á quien honramos
y nos honramos con ello,
el que con modestia suma
se llama siempre coplero,
¡cuando es el mejor poeta
de los cantos madrileños!,
pues si hoy se conserva algo
de lo que otros tiempos fueron,
las costumbres y las fiestas

de este simpático pueblo,
no hay que andarle dando vueltas,
tan sólo á él se lo debemos.
¿Quién lo va á poner en duda,
si lo ven hasta los ciegos?
El barbián que con su musa
hizo conmover á un pueblo,
pues sus coplas vierten risas
y sus coplas lloran luego:
ríen cuando en las verbenas
entre barullo y jaleo
cantan á alguna serrana
de ojos rasgados y negros,
que nos llevan donde quieren
prendidos entre los flecos
del pañolón de Manila
que cubre su lindo cuerpo,
y lloran, sí, muchas veces,
lloran cuando algún recuerdo
les arranca la alegría,
para cantarnos los duelos
de la moza abandonada,
de las fatigas del viejo,
de la madre que no vive,
porque el hijo está muriendo.

. . . .

Antonio adora á Madrid
tanto, tanto, que allá adentro,

en el fondo de su alma,
lleva un Madrid en pequeño,
que va con él á *toas* partes,
que no abandona un momento,
pues es sangre de su sangre,
pues es vida de su cuerpo;
¿cómo, si es cosa tan suya,
no ha de adorarlo Casero?

. . . .

Envuelto en chulesca capa
de embozos de terciopelo,
con la sonrisa en sus labios,
y sus ojillos risueños,
saludando á todo el mundo,
pues lo conocen los perros,
recorre los barrios bajos
alegre y dicharachero
buscando en aquellas casas
ese montón de epitetos
que prodigan las mujeres
mientras se arrancan los pelos.
Se detiene en las plazuelas
á oir cantar á los ciegos;
habla después con la *Sole,*
al marido da consejos,
que agradece la *familia;*
besa á los chicos, y luego
se marcha á tomar un quince

á la calle Cabestreros,
donde alterna y juega al mus
con un guardia y un sereno;
piropea á las modistas,
va á Amaniel y á los Viveros,
le gustan las gallinejas
y se baila en un pañuelo
un chotis más arrimado
qu'el *Gallo* á los burladeros.
Allí donde las costumbres
castizas nacen, y el pueblo
de los majos se congrega
en fiesta, humor y jaleo,
y las mocitas serranas
de ojazos grandes y negros
nos alegran esta vida
perra por todos extremos,
y á nuestra memoria acuden
los manolos y chisperos
para decirnos muy fuerte
que jamás les olvidemos,
allí estará el más castizo
de todos los madrileños,
arrebujao en su capa
de embozos de terciopelo
y gozando de las fiestas
que son el alma del pueblo.

. . . .

Recibe, pues, la adhesión
de estos humildes copleros,
que te quieren con delirio
y que en prosa ó malos versos
han de luchar como «gatos
panza arriba» y con empeño
por defender las costumbres
que tú vienes defendiendo;
que los que tienen la dicha
de ser también madrileños
hagan igual, y Madrid
puede quedar satisfecho.
Levantad ahora las copas,
y antes de beber brindemos
Por la *Sole y su familia*,
por los majos de este pueblo,
por los castizos de raza
y por Antonio Casero.

BROMAS DE CARNAVAL

—L'habréis gozao la mar en estos días,
porque tú tienes pata.
—Ya lo creo,
pregúntale al *Mollejas* por las *gromas*
que dimos y verás tú lo qu'es bueno.
Pa saberla gozar no hay como menda,
de sobra me conoces...
—Por supuesto,
si yo ya me lo dije, ésos la corren.
—Y no t'has engañao..., pues es lo cierto.
¡Menuda tardecita que corrimos!
ca vez que lo medito y que lo pienso
me dan ganas de darle cuatro tortas,
al *Mollejas*... ¡Por él nos conocieron!
A nadie se le ocurre más que á ése,
en una tarde así, ponerse el cuerpo
rezumao, de beber, como una cuba,
pa luego irse á dar broma, ¡aventurero!
Hay cosas que dan grima y no hacen gracia,
y en una tarde así, muchismo menos.

Pero ná, que á la Fuente de la Teja
s'empeñó que nos fuéramos, dispuesto
á gozarla los dos dando bromazos,
y allí fuimos á dar... con nuestros huesos.
Yo vestido de moro con chilaba
y él vestido de turca... por completo.
A poco de llegar nos encontramos
á Ambrosio, el del figón de Cabestreros,
y el *Mollejas,* que sabes que le debe
desde hace más d'un año los almuerzos
que gastó de su casa cuando estuvo
colocao en el ramo de poceros,
va y me dice: «Polonio, la ocasión
la pintan casi siempre sin un pelo;
así es que no está mal qu'ese gachó
nos aguante el bromazo que le demos
y lo añada á la deuda, si consigue
tañarnos, que lo dudo...»
—¡Miá que es fresco!
—Unas miajas na más, porque si vieras
las cosas que le dijo y el chungueo
que se trajo con él, sin darse cuenta
qu'el Ambrosio lo estaba conociendo,
no es pa dicho en palabras, Salustiano;
yo ya estaba volao, puedes creerlo,
pues, por más que terciaba en la bromita
p'acabar de una vez, aquel enredo,
el *Mollejas* seguía perorando

d'un modo tan atroz y tan grosero
que ya formamos corro, pues la cosa
s'iba poniendo fea, te lo *azvierto*,
y yo como al Ambrosio lo conozco
no d'ayer sino d'hace mucho tiempo,
y he tenido con él mil discusiones
y sé que no es gachó que aguanta hierro,
sobre todo si le hablan de la tienda
y el negocio le ponen por los suelos,
me quise interponer, mas ya fué tarde,
pues trincando al *Mollejas* por el cuello,
le arrancó la careta de una torta,
que *tavía* me *paice* estarla oyendo;
yo al ver cómo rodaba sin sentido
intenté d'algún modo defenderlo;
mas pa qué quise más, porque la gente
tomándome, sin duda, por auténtico,
armó tal tremolina con el moro,
que tuve que salir de allí corriendo,
y si no m'escabullo, que m'entierran
igual que á la sardina... por rifeño...
Ya lo ves, Salustiano, y considera
si fué chica la broma que nos dieron;
y ahora dime formal si tengo pata.
—¿De *cuála* clase es?, que *quió* saberlo,
porque miá que la tarde se las trajo.
—¿Y quién se las llevó?....
—¿Es pitorreo?

—Un poquito na más, y disimula
que no es para ofenderte.
—Pues m'alegro,
no faltaba otra cosa...
—Si es de broma...
—Pues mira que pa bromas está el tiempo;
haberme yo gastao catorce reales
p'alquilar un disfraz, y tener luego
que venirme con él debajo el brazo,
es cosa que m'indizna, si lo pienso,
pues si no me lo quito, que te conste,
que no me vuelves más á ver el pelo,
á no ser que t'hubieras molestado
en ir al Judicial, te soy sincero.
Y el *Mollejas* no sé, porque á estas horas
tendrá, por ser bocón, todo su cuerpo
con más bultos que un tren de mercancías;
porque anda, qu'el gachó de Cabestreros,
pa seguir la bromita, con la estaca
al contao se cobró bien los almuerzos,
y mientras le atizaba le decía:
—Ahora dime «si no nos conocemos».

. . . .

Que se vista pa otro año, si es que quiere,
que menda no está á mal con su pellejo,
pues no hay que darle vueltas, Salustiano,
qu'es muy mala la pata que yo tengo.

. . . .

¡DICHOSOS IMPUESTOS!

—S'están poniendo las cosas
d'una manera tan mala
que la vida es imposible;
pues á medida que bajan
los jornales, y el trabajo
por ningún sitio se halla,
los alimentos, en cambio,
suben de un modo que espanta,
y por si esto fuera poco,
y el alquiler de la casa
no estuviera por las nubes,
que ya es una *renta alta*,
el tan jaleado impuesto
d'inquilinato faltaba
para hacernos la existencia
más feliz y descansada...
—No m'hables d'eso, Gorgonio,
porque llevo una semana
dao á los perros, ¡si vieras
las cosas que á mí me pasan
por ese dichoso impuesto!

Tú no pués imaginarlas...
Dirás que he sido un *panoli,*
un *primo longui,* un badanas,
tó lo que quieras, lo azmito,
porque, la verdad, que rabia
me da el pensarlo, Gorgonio,
y miá que á mí no me espantan
las moscas tan fácilmente,
porque las tengo muy malas;
mas ahora, en esta ocasión,
hice el Colás, por desgracia,
y ya no tiene remedio,
escucha y verás... Pues nada,
que me puse un poco tonto
y dije que no pagaba
ni dos reales al trimestre
por el impuesto de casa,
y por más que han acudido
con el recibo... yo, magras;
disculpas hoy y razones,
nuevas disculpas mañana,
y así se ha pasado el tiempo
que de plazo creo daban
para pagar sin apremio
ese impuesto, ó esa plaga;
y como *menda,* inquilino
de la referida casa,
es uno desos morosos

que ni aun al casero pagan,
ya pues suponer, Gorgonio,
que no iba á pagar las gangas
qu'el Ayuntamiento quiere
que paguemos..., pocas gracias;
pero claro, ha sucedido
lo que yo me figuraba,
y esto es lo que más m'indizna,
y esto es lo que más m'exalta,
haberme *dejao* coger
como un ratón, en la trampa,
cuando tuve tanto tiempo
d'hacer alguna trastada,
como sé que han hecho otros
en iguales circunstancias.
¡En qué estaría pensando!
¡Por qué habré sido tan mandria!
. . . .
Pero, en fin, el caso ha sido
que al volver ayer mañana
del trabajo, la portera
s'acerca, y en dos palabras
va y me dice: «Señor Pepe,
tiene usté visita en casa.»
Yo la oí, y al ir subiendo
me dije: «Sí que m'extraña,
pues no siendo la del médico...
¿Quién podrá ser?» Más la Encarna,

que ya salía á buscarme,
hecha toda un mar de lágrimas,
me contó lo que ocurría.
Sin dar lugar á que hablara
me dijo..., y luego yo vi
cómo dos *gachós* y un guardia,
después de cruzar conmigo
las consabidas palabras
que en estos casos s'estilan
y que hacen muy poca gracia,
se pusieron á embargarme
los *bienes* que había en casa,
tasándolos por tan bajo,
que casi me dieron ganas
de soltarle dos mamporros,
pues no hay derecho que valga
pa despreciar, digo yo,
las cosas; ¡pues no me tasan
en dos cincuenta el lavabo,
y tiene... hasta palangana!
Te digo que pasé un rato
que á mi suegra se lo daba
p'almorzar, no t'exagero.
¡Miá que son bromas pesadas!
Eso d'hacer almoneda
forzosa, *tié* más migaja,
que lo que tú te figuras.
—Dímelo á mí... ¡que m'espanta!

como si yo no supiera
lo qu'es eso; las mudanzas
que m'habrá hecho á mí esa gente,
¡las veces que á mí los guardias
m'habrán *custodiao* los muebles
pa que no se los llevaran!
Bueno, bueno, tú t'asustas
por muy poco, la desgracia
no es eso precisamente;
hay algo peor, no es chanza,
y es que si siguen poniendo
más impuestos y más cargas,
va á llegar muy pronto un día
que no s'encuentre en España
un obrero, pues la vida
así es imposible... ¡Vaya!...
Más valiera qu'en vez d'esto
d'otras cosas se cuidaran,
que s'hacen más fácilmente
y tienen más importancia,
y s'están pidiendo á voces
y no quieren escucharlas...

. . . .

—*Verdaz* es esa, Gorgonio.
—¿Que si es verdad? Vamos, calla,
hay cosas que dan coraje.
¡Luego dicen que se habla!

. . . .

LA COLA DEL «GORDO»

—Vaya un gachó madrugando.
—¿Qu'iba hacer? Pues bueno fuera
qu'el *Tufillo* se quedara
sin el uno en esta fiesta.
Ya van dos años seguidos
que me coloco en la puerta,
dispuesto á darle dos chufas
al primero que pretenda
quitarme el puesto, que vale
lo que den por él: miserias,
porque los hay que s'atreven
á largarme dos pesetas
como diciendo: «¿Qu'has hecho?
Pues cambiar de residencia
del Cerrillo de San Blas
á la Casa la Moneda.»
Miá que son; y aluego dicen
que tiene uno desigencias;

s'están poniendo las cosas
d'un modo que da vergüenza
emprender ningún negocio
decente, porque t'empeñas,
y el desempeñarlo luego
no digo ná lo que cuesta.
Mira el *Piltrafa* y el *Churri*.
¡Anda la órdiga, su abuela!
¿Dónde habrán dejao el auto?
—Es fácil que en la despensa,
ó qu'hayan tenido un *panne*.
—Un *panne*, y qué más quisieran.
—Oye, *Churri*, ¿traes cordilla?
—Mira quién es, el *Porreta:*
traigo ganas de qu'alivies
pa subir un puesto; ¿juegas?
—A que no; miá qu'eres primo.
—¡Calentitos, la churrera!
—¿Son del sorteo pasao?
—Son de desecho de tienta.
—Á ver, que convid'el guardia.
—¡Á la cola la churrera;
que la llaman... Es un chiste.
—No arrempujes, que las rejas
no son barras de guirlache.
—Es que por ahí s'aprovechan.
—¿Quié usté que la *toque* el gordo?
—Ni aproximación siquiera,

porque le doy dos guantás
así con la mano vuelta,
que no *güerve* usté á *jugar*
en la vida.
—¡Olé las hembras
con arranques! ¿Quié usté un combro?
—¡Á la cola ese que llega!
—¡Café caliente! ¿Quién quiere?
—¿Es moka?
—Sí.
—Ya clarea.
—Y vaya un viento más fino:
la mañana está que pela.
—Á ver la calefacción
si pué ser que nos la enciendan,
que ya nos vamos cansando,
pues va siendo mucha espera.
—Portero, ¿n'oyes los golpes?
¿Cuándo se v'abrir la puerta?
que se van á helar las bolas,
y á mí los pies.
—Pues patea...
—¡Quiquiriquí!—canta uno;
otro pierde la paciencia,
pero todos aguantamos
con gusto la cola ésta,
pues es cuestión de carácter
y es una costumbre añeja

que se mira con cuidado,
porque, como es *cola... pega.*
¡Bendito sea el humor
de la gente madrileña!
¡Dinero, tendremos poco,
pero alegría, hay que verla!

CALLOS Y CARACOLES...
HAY PIANO...

¡VIVA TETUÁN!

—Como yo soy entusiasta
de las costumbres añejas,
y á ti te tengo el cariño
peculiar en mí á las hembras
que Dios puso en este valle
p'hacernos más llevaderas
las continuas malandanzas
y las consabidas penas
qu'este pijotero mundo,
p'amargarnos la existencia
nos ofrece á todas horas
como regalo de suegra,
he pensado, Emerenciana,
que nos juguemos la cuenta
que yo t'entregao el sábado,
á cara ó cruz, y si aciertas

t'enrollas en el mantón
de flecos, que á ti te sienta
que ni pintao al esmalte,
al óleo ó á l'acuarela,
y agarrada como sueles
á este pedazo de percha,
nos marchemos de seguida,
sin titubear siquiera,
á solazarnos un rato
á Tetuán, ó á las Ventas
á la Bombi, ú Amaniel
ó adonde frían mollejas,
ó callos ó caracoles,
ó judías, ó chuletas,
porque á mí con el d'Arganda
cualquier comida me sienta
y no reparo en finuras;
la cuestión es qu'haya juerga,
qu'esta vida es muy traidora,
muy criminal y muy perra,
y aquel que no se divierte
es una gallina huera,
es un primo y un panoli,
y... basta ya de monserga,
que no es cosa de pensarlo
ni d'hablar ya tanto... Ahueca,
pues tienes una cachaza
qu'aluego dices de menda,

y no t'arregles los moños,
que tengo la boca seca
de platicar sin sustancia,
sin remojarla siquiera;
y creo qu'es cosa justa,
razonable y muy correcta
qu'el que trabaja seis días
seguidos llegue una fiesta
y d'un tirón l'aproveche
de los pies á la cabeza,
gozando de l'alegría
que nos ofrece esta tierra
en cualsiquier merendero
de la Bombi, ó de las Ventas,
comiéndose unas costillas
y bailando una habanera
con su mujer unas veces,
y otras veces con l'ajena,
porque las hay qu'electrizan
con su mirar. No t'ofendas,
pues ya sabes qu'es mi genio
así d'alegre, Emerencia.
Vamos á olvidar un rato
las fatigas y las penas,
y que se chinche el impuesto
d'inquilinato, y la renta
de la casa, y el tendero,
y si m'apuras, mi suegra,

que también es un impuesto
de los que más me revientan.
Arrímate á mí, pimpollo,
y elige tú, cacho é reina
el sitio que más te plazca
para marcharnos apriesa,
que m'está pidiendo el cuerpo
una mijita de juerga,
y el estómago dos sorbos
y una ración de chuletas...
—Pues arza, pa luego es tarde;
vámonos *ande* tú quieras;
pero no te pongas tonto
después, porque si t'encuentras
á los amigos de siempre,
que dándote coba empiezan
á decir que tú eres esto
ú l'otro, aunque no lo sientan,
pa que tú, primo, convides,
mientras ellos te jalean,
y sus paséis una hora
metidos en la taberna,
hablando de las chapuzas,
ó hablando de Pablo Iglesias,
y yo me quede aburrida
esperándote á la puerta,
te digo desde ahora mismo
que t'acompañe tu abuela,

pues pa llevarte á esos centros
á que la gocéis en regla
y tenga yo que traerte
del brazo, como si fueras
un chico, que renegando
va con su madre á la escuela,
me quedo mejor en casa,
que después, si te mareas,
ya te darán el «moniaco»
los guardias en la Delega.
—To eso lo dirás de *groma*,
Emerenciana...
—De veras,
porque de mí no te ríes
y conmigo nadie juega,
pues ya sé cómo terminan
tus domingos en las Ventas.
—Es que hoy tenía pensado
llevarte á pasar la fiesta
á Tetuán, que ya es nuestro
de los pies á la cabeza.
¿No lo has visto en los papeles,
tú qu'eres mujer de letras
y en la solana te pasas
cuasi la mañana entera
leyéndole los sucesos
á las vecinas, que atentas
t'escuchan todas, haciendo

de los crímenes leyendas?
¿No lo has visto, Emerenciana?
—Sí que lo he visto... ¿Qué piensas?
—Que sin perder un minuto
tomemos la delantera
d'aquel tranvía, y después,
ya me lo dirás... ¡Arrea!

. . . .

. . . .

Han llegado á Tetuán
la tarde está de primera;
por todas partes la gente
de buen humor se dispersa,
y las notas del manubrio
se confunden y se mezclan
con los gritos retozones
del jaleo y de la fiesta;
el aceite en las sartenes
chilla al freir las chuletas,
y allá, dentro de las *tascas*,
los vasos cascabelean
cuando el medidor los limpia
para servir otras... *medias*.

. . . .

Ante alegre merendero,
y sentados á una mesa,
están Juan y Emerenciana
terminando la merienda;

él, *rezumao* por completo,
y tragando bilis ella,
y al lado, Justo *el Pinturas*,
el Manitas y *el Ojeras*,
discutiendo á grandes voces
sobre el socialismo belga,
y escanciando sendos vasos
con zumo de Valdepeñas
á costa de Juan *el Rubio*,
pues lo distinguen y aprecian...
Así han pasado la tarde;
á poco d'allí regresan:
una mujer, sofocada,
que del brazo á un hombre lleva,
llamándole borrachín,
canalla, bribón, boceras;
la gente se compadece
de la infeliz, y él, al verla,
le dice balbuceando:
—Mira, mujer, no te ofendas,
porque, ¿he faltado yo á alguien?
¿Y á ti, t'he *faltao*, di, prenda?
¿T'has *aburrio*, pimpollo?
¿No t'ha gustado la juerga?
¿No fuimos á Tetuán,
como te dije, princesa?
Y si allí tan sólo hay monas,
y m'has dicho ¿no t'acuerdas?

en más de dos ocasiones
que por tener una buena
darías yo no sé cuánto,
va y me dije: «D'esta hecha
complacida Emerenciana:
¿Quieres mona?, pues espera»,
y al momento cogí una
que no es mala...
—¡Sinvergüenza!
—Como sé lo que te gustan,
¡me iba yo á venir sin ella!
Vamos, mujer, no seas tonta,
pues sabes que te s'aprecia,
y no *arrempujes* tan fuerte,
que tengo flojas las piernas.
¡Vuélveme á pedir favores!
¡Así *seis* todas las hembras!
¡Egoístas como *naide!*
Ni un día dejáis... correrla.

ALGUNOS JUICIOS DE LA PRENSA

SOBRE EL ÚLTIMO LIBRO PUBLICADO POR LOS MISMOS AUTORES Y TITULADO «SONRISAS Y LÁGRIMAS»

«Con un prólogo del chispeante poeta madrileño Antonio Casero, han lanzado á la publicidad los hermanos José y Angel Beato Guerra un precioso libro de prosa y verso, titulado *Sonrisas y lágrimas*, que es una definitiva consagración de dos autores nuevos en el mundo de las letras.

El tomito de los hermanos Beato Guerra contiene delicadas poesías y unas crónicas que revelan desde luego unas plumas predispuestas para trabajos de mayor altura.»—*(Diario Universal*, Madrid.)

«Este libro de los hermanos José y Angel Beato Guerra tiene la encantadora espontaneidad que casi siempre ofrecen los primeros libros que se publican en la juventud. Todos cuantos lean *Sonrisas y lágrimas* encontrarán en sus páginas unos poetas que han bebido su inspiración en la fuente de nuestros clásicos, que manejan con tanto acierto como soltura la métrica, imprimiendo á sus escritos emoción y sentimiento. Cuando tales aptitudes se poseen no es gran mérito vaticinar que los hermanos Beato Guerra alcanzarán un nombre

prestigioso en la Poesía patria si perseveran en el estudio de los maestros inmortales.»—*(La Ilustración Española y Americana,* Madrid.)

«Nuestros colaboradores J. y A. Beato Guerra han reunido en un tomito algunas madrileñerías, de las que con tanta fortuna escriben, como saben los lectores de *El Mundo*. La colección de artículos y poesías de los jóvenes literatos se titula *Sonrisas y lágrimas* y constituye un libro en el que se mezcla la ingenuidad con la malicia en una síntesis regocijada.

J. y A. Beato Guerra son unos muchachos muy jóvenes; han preferido, á disponerse á un trabajo rudo de estudio de libros y de preparación por la cultura á una obra seria y definitiva, el acercarse á conocer la vida tal como es, y tal como se presenta, y dar luego un reflejo de impresiones y sensaciones en algunas páginas, de color sano, natural y libre de todo afeite. Si la palabra «escuela» y las palabras «López Silva» no nos parecieran tan incoherentes entre sí, diríamos de una vez que los escritores madrileños á quienes comentamos pertenecían á la escuela de López Silva, una escuela completamente laica y en la que no se enseña ortografía.

Como madrileños, madrileñistas y madrileñizantes que son los hermanos Beato Guerra, reúnen en su temperamento literario el buen humor, junto con una cierta dosis de sentimentalismo muy puesto en razón, porque la vida ofrece ocasiones para todo. No nos es lícito, tratándose de compañeros nuestros, decir con motivo de la publicación de este librito que ha aparecido en su personalidad de costumbristas la que ha de eclipsar la gloria de don Ramón de la Cruz ó de Mesonero Romanos. Nos bastará con afirmar que estos jóvenes son unos ar-

tistas delicados y finos; que saben, en los momentos más arraigados, mantenerse en los discretos términos del buen gusto sin despeñarse nunca en la chocarrería ni el desenfado. Este es el mejor elogio qhe puede hacerse, tratándose como se trata de género tan peligroso. El madrileñismo, como se ha dicho más arriba, es la fuente de inspiración de los simpáticos escritores, y ahora se dirá también que el tal madrileñismo, tan fecundo en obras literarias de todas clases, adopta en los Guerra una modalidad artística que no logra en otros prosistas y versificadores. *Sonrisas y lágrimas* es un libro agradable, escrito con un entusiasmo juvenil y todo él lleno de un espíritu dulce y sencillo, alegre las más de las veces, y triste en ocasiones, pero con tristeza que se disipa fácilmente.»—*(El Mundo,* Madrid.)

«*Sonrisas y lágrimas.*

José y Angel Beato Guerra son dos hermanos muy jóvenes, que vienen dedicándose con verdadera fortuna al cultivo de la literatura.

Bajo el título que encabeza estas líneas han publicado recientemente un volumen, en el que han reunido algunas de sus bellísimas producciones, en las que se advierte un marcadísimo buen gusto y un original y puro estilo, que acredita de excelentes escritores á sus autores.»—*(A B C,* Madrid.)

«José y Angel Beato Guerra, jóvenes escritores madrileños, demuestran en su última obra notables progresos. El género que cultivan, que en sí ya es harto difícil, resulta más difícil cada día por lo mucho que en él espigaron autores de gran talento, á cuya observación no se escondieron relieves y detalles de los cuadros de costumbres de la villa y corte. A pesar de ello, los hermanos

Beato recogen con fortuna interesantes aspectos y modalidades de la vida popular, reflejándolos en artículos y poesías de correcta expresión y llenos de gracejo, cuya manera recuerda los trabajos de Antonio de Trueba.»—*(Nuevo Mundo*, Madrid.)

«Por el título *Sonrisas y lágrimas* habrá adivinado el lector que se trata de un libro de versos. Sus autores, José y Angel Beato Guerra, son jóvenes, y añadamos que son inteligentes y simpáticos, cualidades que quedan confirmadas luego de leer las composiciones poéticas que integran—con tal cual fragmento en prosa—el libro *Sonrisas y lágrimas.*

Son versos sanos, entre ellos los hay de verdadero mérito (como los que publicamos hace pocos días), que hacen esperar frutos sazonados y de precio, en el mismo pensil nacidos.»—*(El Universo,* Madrid.)

«Los Sres. Beato, jóvenes escritores madrileños, en buen hora lo digamos, se han sentido alegres y han tenido el buen gusto de servirnos otro libro de poesías, donde han vertido su ingenio lozano y brillante.

Sonrisas y lágrimas es un castizo volumen de poesías netamente castellanas. Los majos, las chulapas, los manolos típicos de Madrid desfilan por él.

Y no es que en este libro todo sean sonrisas. Según indica el título, de vez en vez hay una lágrima; pero para enjugarla suenan en seguida los cascabeles de otra composición. He aquí el libro sugestivo de los hermanos Beato.»—(*El Debate*, Madrid.)

«Mucho bueno y delicado hay en este precioso ramillete poético, titulado muy acertadamente *Sonrisas y lágrimas.*

No es solamente un aglomerado de rimas fluidas y bien pareadas; en él hay algo más que la cadencia sonora de las palabras y el corte del metro poético; hay alma que siente, corazón que late, recuerdos que se grabaron hondamente en el espíritu y que la pluma ha trasladado á las estrofas con toda fidelidad y galanura. Su fondo es vivificador, altamente patriótico y lo más cristiano que en poesía puede leerse con placer y gusto.»—(*El Eco del Pueblo*, Madrid.)

«No hace muchos días leí un artículo periodístico en el que la culta escritora Sofía Casanova se lamentaba de que en España no se conociesen los epistolarios privados de nuestros poetas muertos, los cuales documentos nos darían á conocer las musas de carne y hueso que inspiraron sus poemas, donde quedó depositada la bilis, revuelta con sangre, que gota á gota fué destilada por sus corazones heridos.

Los hermanos Beato Guerra, con cuya firma se honra este periódico, han publicado un libro de poesías, y cuando el tiempo pase y sus autores hayan pasado también los límites de la vida terrena, nadie encontrará en ese libro misterios que aguijoneen la curiosidad, nadie preguntará *quién es ella*, porque ella está retratada en el libro mismo, ella es un alma grande, donde todavía no se albergan los desengaños.

Sonrisas y lágrimas se titula este libro; pero las primeras no son la mueca irónica del escéptico que en nada cree; las segundas no son gotas amargas producidas por el arrepentimiento; unas y otras son hijas de una emoción pura que agita un alma llena de ilusiones.

Espronceda, en su «Arrepentimiento», se dirige á su madre sumiso y arrepentido, solicitando un cariño que

él mismo despreció un día; los hermanos Beato, en su primera poesía «La Virgen del Cerro», cantan el amor filial respetuoso, sí, pero sereno, digno, en la seguridad de que le profesan, y él les corresponde.

Este es el fondo del libro; la forma es irreprochable, como ya lo tienen acreditado en otras obras publicadas. Es un libro que hace sentir.»—*(El Eco Complutense*, Alcalá de Henares.)

«José y Angel Beato Guerra, los simpáticos autores del librito *Sonrisas y lágrimas*, que hemos leído con verdadero deleite, *son chicos que tienen alma, son chicos que tienen nervios*, como dice el prologuista Antonio Casero.

Hay vida en aquellos versos de los dos jóvenes madrileños; pero una vida que se muestra vigorosa y fuerte en la fe cuando reza á la «Virgen del Cerro»; una vida caldeada en el santo amor de la Patria cuando recoge «El beso del soldado», moribundo en el campo de batalla; una vida de sentimiento y de tristeza cuando llora la «Muerte de la madre»; de dulzura y de contento en la «Elegía del amor»; de poeta, en fin, en «Ensueño».

Merecen nuestros plácemes y felicitaciones los hermanos Beato Guerra por su última publicación, y sinceramente se los enviamos desde las columnas de nuestro diario.»—*(El Salmantino*, Salamanca.)

El Imparcial, La Época, El Liberal, Heraldo de Madrid, El Globo y otros varios periódicos de Madrid y provincias también hicieron la crítica del mencionado libro.

A todos quedan reconocidos

Los Autores.

INDICE

OBRAS DE LOS MISMOS AUTORES

Un verdadero tío, juguete cómico en un acto y en prosa.

La gitana, monólogo en verso, música del maestro Rovira.

La desgracia, boceto dramático en un acto y en verso.

El jornal de la semana, diálogo en verso.

Por otra, monólogo en verso.

La velada, diálogo en prosa.

Despedido, monólogo en verso.

Alma bohemia, monólogo en verso.

Sonrisas y lágrimas, prosa y verso.

Madrileñerias, Poesías madrileñas.

PARA PUBLICAR

Charlas domingueras, prosa y verso.

PARA ESTRENAR

Los que vencen, comedia en dos actos y en prosa.

Luna de miel y luna de hiel, comedia en un acto y dos fases.

El santo de la chica, sainete de costumbres madrileñas en dos actos y en prosa.

¡Madrid de mi alma!, monólogo en verso.

Que no pué ser..., entremés, música del maestro Mateos.

EN PREPARACIÓN

El juzgar de las gentes, comedia en dos actos y en prosa.

La gente de nuestro barrio, poesías madrileñas.

